

EL RITMO EN LOS VUELOS DEL CAPOTE



2-182

EL RI+⊕
EN LOS VUELOS
DEL CAPO+⊕E



MUSEO DE LA CIUDAD
AYUNTAMIENTO DE MURCIA

“EL RITO EN LOS VUELOS DEL CAPOTE”

Museo de la Ciudad, Murcia (España)

17 de octubre - 30 de noviembre de 2018

Actividad cultural del II Congreso Internacional de Tauromaquia celebrado en Murcia bajo la organización de: Ministerio de Cultura y Deporte del Gobierno de España, CARM y Ayuntamiento de Murcia, entre los días 18 y 21 de octubre de 2018.

Exposición

Organización: Consejería de Presidencia CARM / Ayuntamiento de Murcia

Comisariado: María Verónica de Haro de San Mateo

Entidades colaboradoras: Universidad de Murcia, Museo Ramón Gaya, Fundación Victorio&Lucchino y Sastrería de Toreros Fermín

Administración CARM: Rafael Laorden Carrasco, Carmelo Cabañero Fernández e Isabel Bueso Guirao

Administración Museo de la Ciudad: Consuelo Oñate Marín, Clara Alarcón Ruiz, Carmen Clemente Martínez y José Carlos Muñoz Ruiz

Diseño de montaje: María Verónica de Haro de San Mateo

Montaje: José Gómez

Transporte: Expomed / MRW

Seguros: Mapfre

Rotulación: Adhessell

Maniqués: Quatro

Comunicación: Antonio José Candel Cano

Catálogo

Edición: Consejería de Presidencia CARM / Ayuntamiento de Murcia

Coordinación: María Verónica de Haro de San Mateo

Textos: Pedro Rivera Barrachina, José Luján Alcaraz, José Ballesta Germán, María Verónica de Haro de San Mateo, Garry Marvin, Antonio López Fuentes, José Víctor Rodríguez Caro, José Luis Medina del Corral, Ginés Marín, Rafaelillo, Sebastián Castella, Manuel Durán, Gonzalo I. Bienvenida, Juan Miguel Sánchez Vigil, Paco Ureña, Aitana March, Diego Urdiales, Luis Francisco Esplá, Pepín Jiménez, Karina Sainz Borgo, Federico Arnás, Noelia Jiménez, François Zumbiehl, Arturo Pérez Martínez, Pedro Guerrero, Lola Arcas, Felipe J. Hernández, Nicolás de Maya, Antonio Parra y Juan Ballester

Fotografías: Anya Bartels, Náyade Moncín, Verónica de Haro, Guillermo Lorente, Vandel, Alfonso, Martín, Sánchez Vigil, Estefanía García, Carmelo Bayo, Luis Francisco Esplá, Carlos Moisés García, Javier Arroyo y Juanchi López

Diseño e impresión: LIBECROM S.A.

© Ramón Gaya, VEGAP, Valencia, 2018

Copyright de los textos y las fotografías: sus autores

Copyright de la presente edición: CARM

Depósito Legal: MU 1298-2018



MC- 402
MC-2-2 482

EL RI+⊕ EN L⊕S VUEL⊕S DEL CAPO+⊕E

17 de octubre - 30 de noviembre de 2018



MUSEO DE LA CIUDAD
AYUNTAMIENTO DE MURCIA



AGRADECIMIENTOS

Museo de la Ciudad.
Universidad de Murcia
Museo Ramón Gaya
Fundación Victorio&Lucchino
Sastrería de Toreros Fermín
Biblioteca Regional de Madrid
Colegio de Periodistas de Murcia
Real Club Taurino de Murcia
VEGAP
Moyca
González&Soto
Urdecon S.A.
Quatro
Libecrom S.A
Adheshell
D. Pedro Rivera Barrachina
D. José Francisco Ballesta Germán
Dña. Consuelo Oñate Marín
D. José Luján Alcaraz
D. Rafael Laorden Carrasco
D. Francisco Javier Martínez Méndez
D. Jesús Francisco Pacheco Méndez
D. Luis Francisco Esplá Mateo
D. José Jiménez Alcázar (Pepín Jiménez)
D. José Tomás Román Martín (José Tomás)

D. Rafael Rubio Luján (Rafaelillo)
D. Diego Urdiales
D. Sébastien Turzack Castella (Sebastian Castella)
D. Francisco Ureña Valero (Paco Ureña)
D. Antonio Puerta
D. Ginés Marín
D. Ramón Soriano
D. Samuel Rodríguez
D. Antonio López Fuentes
Dña. Dolores Fernández Arcas
D. Nicolás de Maya
D. Pedro Serna Verdú
D. Arturo Pérez Martínez
Dña. María Victoria Sánchez Giner (Victoria
Chezner)
D. Rafael Grijalba
Dña. Isabel Verdejo Muñoz
D. Juan José Ballester Pérez
Dña. María Isabel Hernández Monllor
D. Francisco Montoya García
D. Garry Marvin
D. François Zumbiehl
Dña. Anya Bartels Surmond
Dña. Karina Sainz Borgo
D. Felipe Julián Hernández Lorca

D. Pedro Guerrero Ruiz
D. Antonio Parra Pujante
D. Juan Miguel Sánchez Vigil
D. Manuel Durán Blázquez
Dña. Noelia Jiménez González-Pellocín
Dña. Aitana March Martínez
Dña. Estefanía García
D. Francisco Javier Arroyo Martínez
D. Juan Francisco López (Juanchi López)
D. Guillermo Lorente Bernal
D. Carlos Moisés García
D. Carlos Martínez Sánchez
D. Carmelo Cabañero Fernández
Dña. Isabel Bueso Guirao
D. Juan Jódar Martínez
Dña. Esther Álvarez Ossorio
D. Manuel Fernández Delgado
Dña. Victoria Clemente Legaz
Dña. Clara Alarcón Ruiz
Dña. Carmen Clemente Martínez
D. Juan Antonio de Heras y Tudela
D. Alfonso Avilés Sánchez
Dña. Beatriz Yúfera Rodríguez
Dña. Carmen Tarruella Pulido (Mimi)
D. Israel Vicente Pareja

D. David Plaza Hernández
D. Carmelo Bayo
D. Juan Vicente de la Calle
Dña. María Torres Mollinedo
Dña. Noelia López Fernández
Dña. María de San Mateo Mateos
D. Alfonso de Haro Benítez
Dña. Paloma del Henar Sánchez
D. Tomás López Fernández
D. Carlos Alberto García Sánchez
D. José Manuel García Hernández
D. Camilo José Cela Albarracín
D. Alfonso García
D. Ramón Rubio Luján
D. Cándido Martínez Puerta
D. Enrique Portillo
D. José Gómez
D. José Carlos Muñoz Ruiz
Dña. Carmen María Jara Rosa
D. Antonio Larrosa Marín
D. Francisco Martínez Molina
D. Antonio José Candel Cano
D. Miguel García Navarro
D. Miguel Ángel Martínez López

La Tauromaquia - se ha dicho y escrito infinidad de veces - no puede ser entendida sin las referencias culturales, sociológicas, costumbristas, económicas y medioambientales que le son consustanciales. Y un Congreso cuya razón de ser es la Tauromaquia, como el que celebramos en Murcia entre los días 18 a 21 de octubre, no puede prescindir de las referencias a todo ese cúmulo de manifestaciones que convergen en la celebración de la Fiesta. Es el caso del Arte y, dentro del Arte, el vinculado a la peculiar e inconfundible indumentaria de quienes hacen el paseíllo en las tardes de toros. Bajo el especial comisariado de la profesora María Verónica de Haro de San Mateo, presentamos una cuidada muestra monográfica en homenaje al capote de paseo, en el privilegiado espacio que ofrece el Museo de la Ciudad de Murcia.

Los capotes de paseo y los trajes de luces son las prendas más vistosas, los reyes de ese conjunto sorprendente al que una figura fuera y dentro de los ruedos, como Luis Miguel Dominguín, llamó "la segunda piel del torero" y que es consecuencia de una evolución estrechamente ligada a la propia historia de la tauromaquia y cuyo origen se encuentra, sobre todo, en la necesidad de distinguir a los toreros del resto de la gente que poblaba el ruedo con la intención de dar un capotazo o hacer un recorte. El atuendo diferenciador, que al principio se limitó a unas bandas de colores distintivas, comenzó a evolucionar, fue adquiriendo mayor riqueza, y recibió el decisivo impulso del célebre espada llamado Costillares, que en la segunda mitad del siglo XVIII introdujo la chaquetilla bordada en oro para el matador y en plata para los subalternos, además de incluir el calzón de seda y la faja de colores. Terminó de rematar la faena *Paquiro*, que en la primera cincuentena del XIX introdujo la montera y fijó los cánones del traje de torear en la forma que, en lo fundamental ha llegado hasta nuestros días.

En la actualidad, lo que distingue un traje de otro es su color y el bordado. Los toreros suelen elegirlo por modas, no pocas veces por manías e incluso por comodidad. El bordado se realiza en oro, plata o azabache, también puede ser de corazones, piñas,

conchas, motivos religiosos... Con respecto al color, algunos tradicionalmente apenas se han empleado al considerar que traen mala suerte a quien los viste, como el amarillo. El otro elemento particularmente artístico es, sin duda, el capote de paseo, con el que se envuelven los toreros antes del paseíllo. Suelen llevar bordada la imagen del santo o la Virgen de su devoción, buscando su protección para el festejo, aunque siempre habrá quien prefiera los motivos florales e incluso los geométricos. De todo ello, y de mucho más, versa la exposición, en la que junto a la expresión artística de la pieza en sí misma se manifiesta el interés que despierta por quien la vistió o la portó y en qué circunstancia lo hizo, o quien fue su diseñador, porque hasta algunos afamados maestros de la costura se han involucrado alguna vez en la confección de estas prendas. Y todo, a mayor gloria del arte y de la lidia.

Pedro Rivera Barrachina

*Consejero de Presidencia de la Comunidad
Autonómica de la Región de Murcia*

La tauromaquia es parte y elemento consustancial de nuestro acervo cultural. En 1962 escribía Ortega y Gasset que "no puede comprender bien la historia de España, desde 1650 hasta hoy, quien no se haya construido con rigurosa construcción la historia de las corridas de toros en el sentido estricto del término". Y es que, para el filósofo de la razón vital la historia de las corridas de toros "revela alguno de los secretos más recónditos de la vida nacional española durante tres siglos.

Es sabido que Ortega - uno de los pensadores españoles más clarividentes de toda nuestra Historia e impulsor de la enciclopedia "Los Toros" de Cossío en la editorial Espasa Calpe - trató de comprender la lidia y todo el peculiar mundo de los toros desde la perspectiva intelectual que caracterizó su actividad. Más allá del momento concreto de la lidia del toro, sobre el cual es indudable que existen muy distintas

sensibilidades y posiciones, todas ellas merecedoras de respeto, lo cierto es que "lo taurino" impregna las más variadas manifestaciones del espíritu creador español, que no ha podido sustraerse de la Fiesta como fuente de inspiración para su obra.

Esta exposición diseñada como actividad cultural del II Congreso Internacional de Tauromaquia - organizado en Murcia por el Ministerio de Cultura del Gobierno de España y la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia - rinde homenaje a esta vinculación de la tauromaquia con la cultura y el arte españoles. Comisariado por la profesora de la Facultad de Comunicación y Documentación de la Universidad de Murcia, el proyecto expositivo que acoge el Museo de la Ciudad gracias a la colaboración del Ayuntamiento de Murcia, permite admirar el bordado y filigrana de los capotes y la obra pictórica, escultórica, fotográfica y cerámica que a esta prenda de la vestimenta taurina han dedicado artistas consagrados como Gaya, Serna, Campillo o Lorenzo Quinn. Se ofrece pues al visitante la oportunidad de percibir la estética plástica de los elementos que reúne la exposición, piezas únicas y artesanas que rodean al mundo del toro. Un homenaje al entorno artístico y a la simbología que acompaña a la Tauromaquia.

José Luján Alcaraz

Rector de la Universidad de Murcia

Trasladar al lienzo la hondura de una verónica o cincelar el momento trascendente del paseíllo en el que los toreros caminan hacia su destino envueltos en su capote de lujo, requiere una mirada y una sensibilidad ciertamente especiales. La Historia del Arte está jalonada de creadores que han quedado subyugados por la fuerza y la estética de la tauromaquia en sus más diversas manifestaciones. En Murcia - ciudad y región taurinas - existen notabilísimos ejemplos de ello: Gaya, Campillo, Párraga, Serna, Hernández Cano, Lola Arcas o Nicolás de Maya son algunos de los artistas murcianos que se han detenido con curiosidad y respeto en el

hecho taurino para regocijo de muchos de nosotros.

La fiesta de los toros es "la riqueza poética y vital de España" a la que se refería García Lorca, pues cuando un capote acaricia la arena de la Plaza de Toros de Murcia no solo arrastra consigo el arte materializado en un pase de pecho, una verónica o un rechazazo sino también la poesía, la música y la grandeza visual del espectáculo taurino. A lo largo de un día de toros se suceden una serie de ritos peculiares, a menudo desconocidos por el gran público que asiste a la plaza, que hacen de la Fiesta un espectáculo en el que cada detalle cobra un significado especial. Muchos de quienes asisten a una función taurina habrán reparado en la belleza del capote de paseo que adorna a los toreros y algunos otros se preguntarán qué sentido tiene esa capa en el conjunto de la vestimenta y por qué se coloca después en las barreras. Habrá quienes barrunten por qué los toreros los prefieren con bordados en sedas de colores de imágenes religiosas o motivos florales y el significado que tienen para quienes los portan... el capote de paseo es la prenda más simbólica de la vestimenta taurina.

Una vez más, el Museo de la Ciudad ofrece una oportunidad cultural exquisita para que disfrutemos de una acertada selección de espectaculares capas de afamados toreros y sobresaliente obra taurina de artistas consagrados, con el objetivo de aproximar el significado y la importancia del capote en los distintos escenarios de una tarde de toros. Quisiera dar las gracias a los diseñadores, sastres taurinos, pintores, escultores, toreros y propietarios de las obras cedidas generosamente para la ocasión. Y quisiera agradecer también el esfuerzo de Verónica de Haro, comisaria de la exposición, por diseñar esta propuesta original y didáctica para el II Congreso Internacional de Tauromaquia que situará Murcia en el epicentro de la actualidad y la cultura taurina los próximos días.

José Ballesta Germán

Alcalde de Murcia

ÍNDICE

Introducción a "El rito en los vuelos del capote". *María Verónica de Haro de San Mateo*.....10

El capote de paseo: marcando una transformación y un pasaje. *Garry Marvin*..... 14

El capote de paseo en los escenarios del rito

Sueños de seda y oro, plata, óleo o azabache

Historia de una colección de capotes. *Antonio López Fuentes (Sastrería Fermín)*..... 22

Un mantón del siglo XVIII por capote.

José Víctor Rodríguez Caro y José Luis Medina del Corral (Victorio&Lucchino)..... 24

El capote de mis sueños. *Ginés Marín*..... 28

(Im)Paciente espera

Liturgias de las horas previas. *Rafaelillo*..... 32

La silla donde reposa la ilusión. *Sebastián Castella*..... 34

A la plaza, abrigando ilusiones

Del coche de caballos al monovolumen. *Manuel Durán Blázquez*..... 38

Antonio Bienvenida: un gesto puede condensar toda la torería. *Gonzalo I. Bienvenida*..... 40

"Liarse el capote". El paseíllo. "Cambiar la seda por el percal"

¡A liarse, señores, es la hora! *Juan Miguel Sánchez Vigil*.....44

Mi *Dulce* protección. *Paco Ureña*..... 46

Mientras el niño lo (ad)mira. *Aitana March*..... 48

Abrazado a mi tierra. *Diego Urdiales*.....50

Del hombro a las manos. *Luis Francisco Esplá*..... 52

Barreras con arte

Lorca en mi capote. <i>Pepín Jiménez</i>	58
Testigos de un baile de tela y muñeca. <i>Karina Sainz Borgo</i>	60

Capotes al esportón

Esclavinas de oro. <i>Federico Arnás</i>	64
La vida entre los pliegues. <i>Noelia Jiménez</i>	66

Arte en seda y fuente de inspiración para la creación artística

El toreo y el bordado: Patrimonio Cultural Inmaterial. <i>François Zumbiehl</i>	70
Paseillo pop. <i>Arturo Pérez Martínez</i>	72
Los toreros "liados" en capote, de José Hernández Cano. <i>Pedro Guerrero</i>	74
Atrapar el vuelo. <i>Lola Arcas</i>	76
Campillo: la torería, del barro al bronce. <i>Felipe J. Hernández</i>	78
Un capote de paseo, un torero. <i>Nicolás de Maya</i>	80
Serna y Paula: todavía la vida. <i>Antonio Parra Pujante</i>	82
El capote descansando. En torno a lo taurino en Ramón Gaya. <i>Juan Ballester</i>	84

Obra expuesta	86
----------------------------	----



EL CAPOTE DE PASEO: MARCANDO UNA TRANSFORMACIÓN Y UN PASAJE

*En esta España nuestra hay una vieja casta de hombres bravos:
se les llama toreros y nacen con una ornamental vocación de morir.*

*Ellos, agonistas de su juego mortal e innecesario,
son ya, en este mundo sin religión ni héroes,*

*los únicos que prolongan el sentido del rito bajo el sol,
en una auténtica liturgia que tiene como coro al pueblo entero.*

(Ángel Álvarez de Miranda)

La citada reflexión del historiador, filólogo y ensayista español, autor de "Ritos y juegos del toro" – el estudio más sobresaliente sobre las corridas de toros desde la perspectiva de la Historia de las religiones – continúa plenamente vigente en nuestros días. Y es así porque – a pesar de los históricos o más recientes intentos de prohibición – en el escenario impostado de la *posverdad* actual, resiste impasible el drama (auténtico y genuinamente mediterráneo) de los hombres y mujeres que deciden arriesgar su vida, con el noble fin de crear arte en comunión con ese milagro de alquimia genética que llamamos toro bravo.

La corrida de toros es, en esencia, una expresión artística en la que la muerte da pleno sentido al rito y, como tan delicadamente escribió Federico García Lorca para quienes así lo comprendemos y aceptamos, se rodea de la más deslumbradora belleza. Ciertamente, las corridas de toros constituyen el espectáculo más ritualizado, probablemente el único que ha llegado a nuestros días, en el que la inteligencia lidia con la irracionalidad para lograr crear un arte efímero de extraordinaria singularidad cuya comprensión exige del público un esfuerzo de interpretación e interacción y una sensibilidad especial, pues lo que persigue no es el mero entretenimiento sino algo más elevado: la emoción.

En un texto poco conocido de Ramón Gaya, fechado en Barcelona en 1966 y titulado "Carta al amigo Martínez Falso" (recogido recientemente en *Cartas a sus amigos*,

Editorial Pre-textos, 2016), el ilustre murciano universal que se autodefinía como "un pintor que escribe" señalaba: "a los toros no puede uno ir a divertirse, ni a sufrir, ni a divertirse sufriendo, ni siquiera puede uno ir a... emocionarse – aunque todo esto sea precisamente lo que con más facilidad viene a suceder desde que las plazas han sido asaltadas y ocupadas por el *público* –; a los toros, en definitiva, no se puede acudir por ninguna especie de voluptuosidad. Ir a los toros con limpieza es ir a estar presentes, es ir a presenciar, a testimoniar algo – un misterio, un sacrificio, no se sabe bien –, algo evidentemente muy oscuro para todos, pero lleno de salud originaria, arcaica, de muy honda y como traspapelada, olvidada legitimidad".

Despojar a la tauromaquia de su sentido sacrificial y de su prestancia simbólica es desposeerla de su naturaleza, de su significado, de su raíz. Tratar de comprenderla en su inmensa complejidad exige, por tanto, detenerse en el cúmulo de detalles que acontecen en torno a la corrida de toros. Descifrar su dimensión simbólica ayudará a comprender mejor el rito. Contribuirá a respetarlo. Y conllevará reverenciar, también, al torero, pues "no torea para nosotros, sino a cambio de nosotros, se sacrifica por nosotros; torea para que nosotros no tengamos que torear la parte de toreo que nos toca ser", como tan honda y cabalmente argumentó Gaya.

Pocos otorgan hoy a quienes se visten *de seda y oro, plata, óleo o azabache* para perpetuar la Fiesta, la honrosa consideración que Álvarez de Miranda atribuía a los toreros a mediados del pasado siglo. No obstante, la tauromaquia atesora un innegable patrimonio cultural, ecológico y económico y una estética única, seductora e incomparable capaz de inspirar a taurófilos, indiferentes y taurófobos confesos, incapaces de resistirse a la riqueza plástica de la Fiesta y de los hombres y los animales que protagonizan el rito.

La vestimenta taurina, resultado de una admirable artesanía que como tantas otras perdura y evoluciona en el siglo XXI gracias al mundo de los toros, es buen ejemplo de la elegancia y solemnidad que impregnan cada detalle de la liturgia taurina. Su imaginario, vivo e inagotable, ha sido capaz de trascender – del mismo modo que el lenguaje – la propia Fiesta. De todos los complementos que adornan a los toreros, el que probablemente haya recibido más atención por parte de los creadores de moda – e incluso de los intelectuales que desde disciplinas como la Antropología han reflexionado a propósito de su historia, evolución, funcionalidad y estética – sea el traje de luces. Pero existe otro ornamento del atuendo de torear, de gran simbolismo, que resulta prácticamente inédito para el público de una función de toros. Nos referimos **al capote de paseo**, el modesto paño del común del pueblo que la tauromaquia adoptó hace siglos y que en los años centrales del siglo XIX acabó por convertirse en la prenda de lujo que es hoy.

Muchos desconocen que el capote abriga la impaciente espera de la liturgia de las horas previas en la habitación del hotel antes de partir a la plaza y que momentos antes del paseillo – ese desfile de color e ilusión que prologa toda función de toros – los toreros cumplen un bello ritual. Acontece al resguardo de los tendidos, en el trajín de los patios de cuadrillas, donde los lidiadores embozan en primorosas capas de seda sus miedos y esperanzas, buscando concentrarse o encomendarse a sus credos antes de comprometer su destino cruzando el ruedo donde tratarán de expresarse como artistas. Se trata de un momento de especial recogimiento para cuantos se visten de luces, generalmente inadvertido para el público. Finalizada esta íntima ceremonia que la mayoría de toreros suele protagonizar en riguroso silencio, y ultimado el despeje de plaza a cargo de los alguacilillos, el director de lidia se coloca a la izquierda en el sentido de la marcha, dejando el flanco derecho al compañero que le sigue en antigüedad de alternativa y el lugar central al más novel. Los capotes de paseo al vuelo, o abrigados a la espalda y la cintura, siempre sobre el hombro izquierdo, cubren sus anhelos y fervores. La mano diestra, en ademán

de reunión y protección desea *¡Suerte a todos!* Las cuadrillas y el resto de actuantes completan el alegre paseo de presentación de las cuadrillas al son de alegres pasodobles. Al llegar a la barrera y cumplimentar al palco presidencial, los toreros se desprenden de sus lujosas crisálidas con donaire y, prestos al envite con el toro, cambian *la seda por el percal*, con cuyos vuelos propinan hermosos lances al viento antes de la salida del burel. Los capotes de paseo pasan a engalanar barreras para ser testigos de faenas de *olé*s, silencios o broncas... (¿quién puede predecir lo que acontecerá?) y terminado el festejo, percales al esportón, los toreros abandonan el ruedo de nuevo con sus leales confidentes de seda, ahora sí cuidadosamente doblados al brazo. Con ellos marcha también el misterio de sus brocados paños...

Desvelar el secreto de un abanico de escogidos capotes de paseo fue precisamente el motivo que inspiró la exposición "De seda y oro, plata, óleo o azabache... capotes con historia" que tuve el honor de comisariar en 2017. Diseñar un proyecto expositivo de contenido taurino para ser admirado en una ciudad en la que el arte del bordado alcanza tan elevadas cotas artísticas gracias a sus archiconocidos desfiles bíblico-pasionales me hizo especial ilusión, como lorquina y como azul, pues la muestra tuvo lugar en el Museo Azul de la Semana Santa. Aquel proyecto expositivo se propició con el objetivo de respaldar la candidatura oficial de los bordados de Lorca como patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad según las convenciones UNESCO el año que se cumplían dos efemérides: el centenario del estreno del espectacular capote de *Joselito* bordado en la ciudad y el 125 aniversario de la inauguración de la Plaza de Toros de Lorca, aún maltrecha por los terremotos de 2011. La exposición pretendía homenajear al universo taurino y sus protagonistas; rendir merecido tributo a los directores artísticos, sastres y bordadoras que puntada a puntada templan el tiempo con la ilusión de hilvanar *sueños sobre seda* que son estas preciosas creaciones y lógicamente también, revelar la historia de los capotes exhibidos en un cuidado catálogo conmemorativo que daba pleno sentido a la muestra.

En Lorca se exhibieron, entre otros, el famoso capote de luto que *Gallito* mandó confeccionar en señal de luto por su madre, la *Señá* Gabriela, y que más tarde perteneció a Carnicerito de Málaga, Rafael de Paula, Antonio Ordóñez y Antonio Bienvenida; la capa de Juan Belmonte que adornó al barítono César Ponce de León en sus interpretaciones como "Escamillo" en la ópera "Carmen" en el Teatro San Carlo de Nápoles; el capote predilecto de una pionera en los ruedos como Juanita Cruz; el capote rosa que no lució Manolete la tarde de Linares; el elegante paño verde manzana y oro del Maestro Antonio Bienvenida; el de las "yedras del faraón", de Curro Romero o el jardín de flores sobre seda azabache que envolvió a Rafael de Paula en tardes de gloria; el primer capote de paseo que lució Andrés Vázquez; capotes de película como el que perteneció al gran torero de plata Agustín Díaz "Michelin" y que tiempo después se *lió* con garbo Victoria Abril en la película "Nadie hablará de nosotras cuando hayamos muerto" de Díaz Yanes o el de la alternativa de Luis Miguel Calvo en la famosa serie "Juncal" protagonizada por el inolvidable Paco Rabal.

Algunos de los capotes expuestos fueron confeccionados en ese país tan hermano y taurino como es México, donde se sufría tanto aquellos días a causa de los terremotos de septiembre y a donde queríamos trasladar nuestro abrazo y solidaridad. Todos ellos tenían como protagonista a la virgen de Guadalupe. Uno de ellos, pintado al óleo por Bernardo Rodríguez, fue el elegido por José Tomás para la tarde de su regreso a Aguascalientes en 2015. Capotes devotos eran también los cedidos por el Maestro Curro Vázquez (su famoso capote con la imagen de Nuestro Padre Jesús de Medinaceli); los capotes del Cristo del Gran Poder, de "El Juli" y Rafaelillo o el más especial de Paco Ureña, dedicado al Dulce Nombre de María. También se pudieron admirar el capote de brega que María Franco diseñó para Serafín Marín con motivo de la última corrida de toros celebrada en La Monumental de Barcelona en 2011; el de "Toros y Mar" que el Maestro Luis Francisco Esplá trazó para la tarde de su reaparición en el anfiteatro romano de Arles en 2016; el que Paco Ureña utilizó en sus vueltas al ruedo durante la temporada 2017 con la etiqueta #SutullenaYa para

reivindicar la reconstrucción del coso lorquino o la capa goyesca que Francisco Rivera Ordóñez usó en la bicentenario plaza de toros de Ronda la tarde de su despedida de los ruedos.

En esta ocasión, el proyecto expositivo "El rito en los vuelos del capote", ideado como actividad cultural del II Congreso Internacional de Tauromaquia que se celebra en Murcia, nace con el deseo de continuar visibilizando la singularidad del complemento más simbólico de la vestimenta taurina (la última capa de la que se reviste el torero *para ser lo que es*) con el objetivo de hacer inteligible su significado en los escenarios del rito a lo largo de un día de toros.

En el privilegiado espacio que nos brinda el Museo de la Ciudad, se exponen algunos espectaculares capotes de paseo diseñados por maestros consagrados de la moda y la sastrería taurina como Victorio&Lucchino y Antonio López Fuentes, de la Sastrería Fermín; maravillosas sedas brocadas que han sentido el latido de toreros como Pepín Jiménez, José Tomás, Urdiales, Rafaelillo, Castella, Ureña, Puerta o Ginés Marín entre sus pliegues; y escogida obra pictórica, escultórica y cerámica de artistas consagrados (algunos de ellos murcianos) que no pudiendo sustraerse a la fuerza de la tauromaquia como fuente de inspiración para la creación artística, como tan bien se cuenta a lo largo de estas páginas, concedieron al capote de paseo un lugar de honor en sus composiciones. Las obras de Ramón Gaya, Pedro Serna, Antonio Campillo, Aurelio, Arturo, Victoria Chezner, Antonio Ayala, Hernández Cano, Rafael Grijalba, Diego Ramos, Lola Arcas, José María Párraga o Lorenzo Quinn regalan a nuestros sentidos la alegría de perpetuar lo vivido o la emoción de vislumbrar lo añorado. Gracias a todos por detener el tiempo y condensar con arte la esencia del rito en los vuelos del capote.

María Verónica de Haro de San Mateo
Comisaria de la exposición

EL CAPOTE DE PASEO: MARCANDO UNA TRANSFORMACIÓN Y UN PASAJE

En este texto me gustaría ofrecer algunas reflexiones desde mi experiencia personal como antropólogo, aficionado y extranjero, sobre la naturaleza del capote de paseo y su lugar y significado en el complejo ritual que es una corrida de toros.

Podríamos analizar e interpretar las características del capote en sí mismo. Esto requeriría centrarse en el diseño, los colores, los bordados, los motivos, la iconografía y el simbolismo de cada capote. Incluso explorar como éstas se relacionan íntimamente con la personalidad, la sensibilidad, la estética, el gusto y las creencias del torero al elegir un capote en particular. Tal análisis examinaría la importancia de una pieza compleja y su individualidad. Sería un estudio del capote como un objeto, una obra de arte y oficio en sí misma. Mi enfoque aquí será diferente. Me centraré en su contexto y presencia, en lo que el capote de paseo significa y logra. Su composición también es importante, pero la abordaré desde una perspectiva diferente. Empecemos con un contexto interpretativo en el que situar al capote.

La corrida de toros es un complejo ritual separado de la vida cotidiana. Otras artes escénicas – como lo son por ejemplo el teatro, la música y la danza – pueden representarse en una variedad de lugares y escenarios. No así una corrida. Ya sea en una plaza portátil o en la Maestranza de Sevilla, una función taurina tiene lugar, y debe tener lugar, en una plaza de toros.

No solo el espectáculo está separado de lo cotidiano, sino también las personas que lo realizan. La vestimenta es un claro ejemplo de esto. El traje de luces separa a los toreros de la gente común. Muchos artistas escénicos, refiriéndome de nuevo a actores y bailarines, se ponen un traje para crear o representar su arte; tales vestuarios difieren según la obra. Por el contrario, no ocurre así con el traje de luces. Aunque cada uno se adorna de forma diferente, su conjunto

tiene una forma invariable. El traje de luces no se confecciona para nadie que no sea torero y, con esta vestimenta, uno no podría ser otra cosa que torero. Se podría decir que el traje de luces anuncia y proyecta la forma de ser y el oficio del torero. En su vida cotidiana un torero es, por profesión, un torero y puede decirlo como tal, pero es con el traje de luces cuando comienza a transformarse en un torero; en esa persona que es diferente a los demás. Vale la pena detenerse un momento para considerar el término "traje de luces". Me gustaría sugerir que el término "luces", más que entenderse como luces que iluminan algo, se entiende mejor desde el concepto de "lucirse", en el sentido de "destacarse". Una vez más el torero, vestido así, se distingue del resto de los hombres.

El capote de paseo es la cumbre del traje de luces. La última capa en la transformación del hombre cotidiano en torero. Demos ahora un paso atrás para comprender el porqué de este "pasaje" incluido en el título. El capote de paseo comienza su vida a partir de tejidos de raso elástico, hilos de sedas de muchos colores, lentejuelas y bordados. Mientras expertos artesanos lo confeccionan, es aún un mero objeto en proceso. Incluso cuando está listo en el taller del sastre, sigue siendo un objeto, estéticamente complejo y bello, pero aún carente de significado.

La siguiente etapa de este pasaje llega cuando el capote está en posesión de su torero (aquí doy énfasis a 'su' en vez de 'un', para indicar una relación íntima y mutua). Una vez en su posesión, el capote es tratado con reverencia, pero todavía no ha adquirido ese estatus cuasi-sagrado que solo aparece a partir del momento en el que el matador comienza a vestirse acorde a una muy ritualizada ceremonia.

Permítanme una acotación interpretativa. Hay cierta similitud, aunque no exacta, entre un torero en traje de luces y un sacerdote formalmente

vestido para officiar una misa. Tal vestimenta sería inapropiada para un espacio que no fuera un templo religioso (con la excepción de algunas ceremonias que crean por sí mismas un espacio religioso alrededor del sacerdote). Así como la vestimenta del sacerdote no es meramente "ropa", tampoco lo es el traje de luces. No son artículos con los que cubrirse el cuerpo o vestirse de acuerdo con gustos personales. Son una marca simbólica o ceremonial de diferencia y separación.

Es importante aclarar que tanto el capote de paseo, como la montera, complementos esenciales del traje de luces, no son puestos/lucidos hasta la aparición pública de los toreros en la plaza de toros. Este detalle es muy importante. El traje de luces no es apropiado para estar en la calle, un espacio inapropiado para que el torero se luzca o se destaque. Una vez vestido formalmente, el conjunto hombre-vestimenta es cuasi-sagrado. No hago referencia aquí a "sagrado" en el sentido de sacralidad religiosa sino en el sentido antropológico de algo "especial", separado de lo "prosaico" y que se trata y se siente como una cualidad de diferencia. El torero viste "un traje de diferencia" y esa diferencia debe ser protegida. Los matadores y sus cuadrillas se visten normalmente en un hotel, un lugar del mundo cotidiano. Pero cuando se visten sus habitaciones se convierten en un espacio sagrado, marcado especialmente por una mesa que se convierte en un altar temporal. En ella se colocan, con gran cuidado y en un proceso ritual, medallas religiosas, tarjetas con figuras sagradas o textos con devociones y oraciones, emblemas, crucifijos y velas. Una vez preparados, los toreros no se entretienen por mucho tiempo en lugares públicos. Un vehículo les conduce *a través de* lo cotidiano, protegiéndoles de un mundo del que, momentáneamente, no forman parte.

Nuevamente, pensando en la protección, la distinción y la separación, cabe hacer notar, en términos de su significado, que el torero solo se pone su capote de paseo cuando está dentro del recinto de la plaza de toros. Antes de eso, el torero lleva su capote doblado de dentro hacia afuera. Esto no es para protegerlo

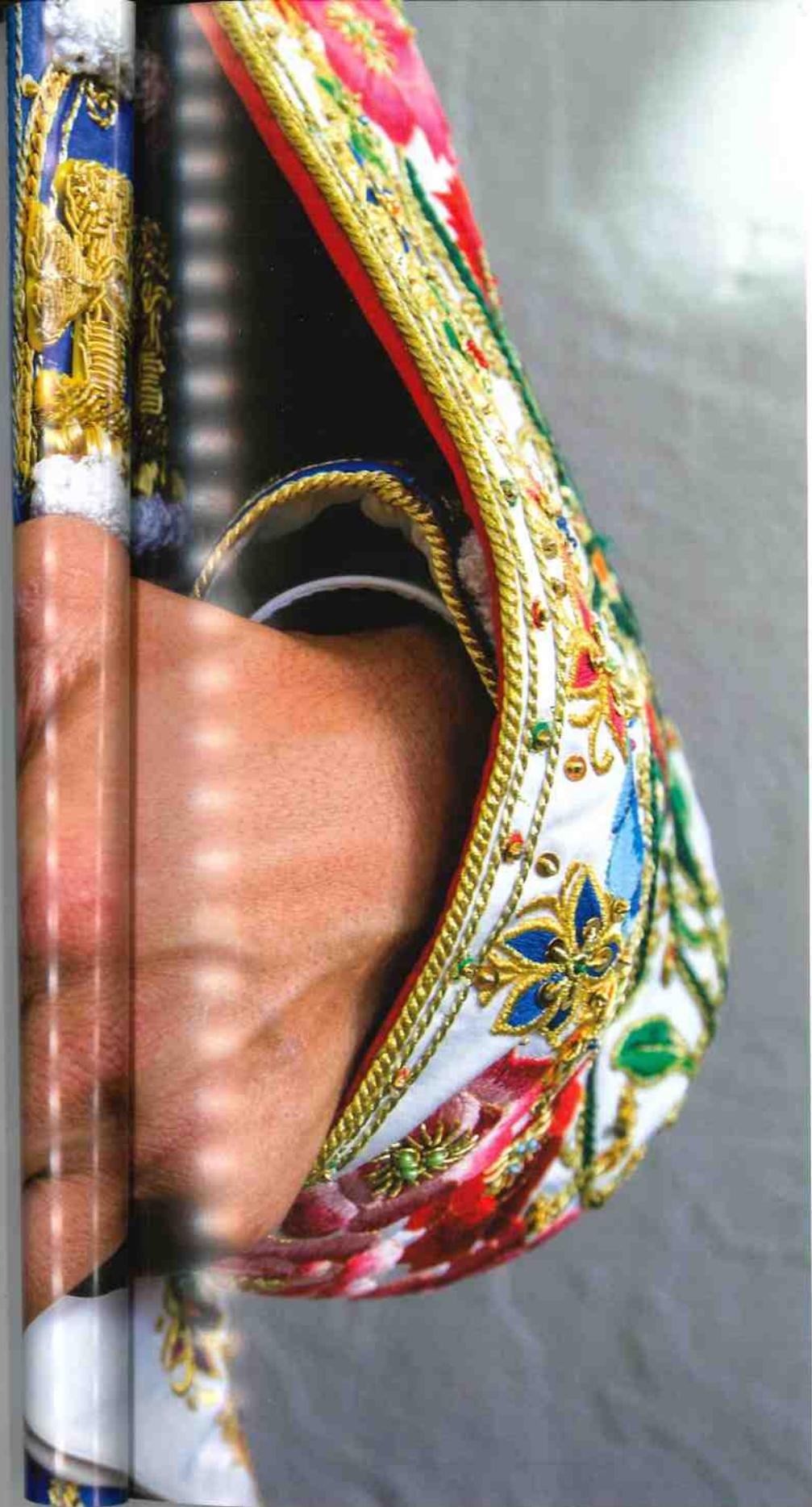
de un posible daño físico sino para protegerlo de la "contaminación" simbólica del mundo cotidiano. En el pasaje físico y simbólico desde el lugar de vestirse hasta la plaza, el capote de paseo viaja con el torero; pero este viaje y pasaje no es todavía el paseo de su nombre. Tal vez sea una interpretación demasiado atrevida ... pero ... el capote de paseo siempre se lleva plegado sobre la parte inferior del brazo izquierdo del torero. Este brazo, y mano, son especiales en el toreo, ya que es con la izquierda y la muleta con la que el torero realiza el pase natural, definido por Antonio Chenel "Antoñete", y apreciado por la mayoría de los aficionados, como "uno de los pases más puros" en el toreo. Puro, pureza, distinguido de los demás.

Para vestirse de torero el matador cuenta con la ayuda de su mozo de espadas. Pero colocarse el capote de paseo es un acto personal, un pequeño rito particular de cada matador. Se coloca el capote en sus hombros y sobre su brazo izquierdo, en pequeñas dobles, meticulosamente y con delicadeza. La tela del capote crea una sección interior debajo de su brazo izquierdo y se mantiene en su lugar con su mano izquierda. Ahora está completamente *adornado* como, y no simplemente *vestido* de, matador.

Así, finalmente, cuando el matador cruza el ruedo, el capote de paseo logra y alcanza su apogeo ceremonial marcando el comienzo del evento formal y ritual que es una corrida de toros. Este paseo, sin embargo, es corto. De hecho, en el lenguaje de la tauromaquia, un paseo se convierte en *el paseillo*, una forma de pasear que es única en el mundo.

Tras saludar al presidente, el capote de paseo se retira, habiendo cumplido su función de presentación. El matador se ha presentado al público como matador; su *oficio*. Ahora tiene que revelarse como torero; su *cualidad*. Esto lo demuestra, y lo logra (o no), con capas de otra naturaleza - el capote de brega y la muleta (aunque la muleta no es un capote como objeto, se usa como tal ya que su función es, como la del capote, mandar, templar y torear) - capas sin adornos, impersonales y utilitarias. Capas cuyos significados están en su función.





Los toreros se quitan sus capotes de paseo, pero el capote de cada matador no se dobla y se guarda; al contrario, se expone al público. Totalmente abiertos, con su parte decorada cara al público, se cuelgan, expuestos, cerca de la barrera donde están los toreros en el callejón, signos de la presencia de los matadores. Pero es más que eso. Ofrecido por el torero a una persona del público se convierte en un símbolo, personal pero público, de amistad, admiración, intimidad o respeto por esa persona. Y es recibido con orgullo y mostrado como una marca de honor.

Durante la corrida, el capote de paseo está presente pero no ejerce ninguna función en la actuación del matador. Sin embargo, al final de la corrida adquiere nuevamente una función significativa. Un final opuesto al comienzo. Los matadores y sus cuadrillas no salen de la barrera en un paseíllo, en filas formales, sino que cruzan el ruedo en grupos informales. Sus capotes de paseo ya están doblados, de dentro hacia afuera, sobre sus brazos izquierdos, marcando el paso hacia el mundo cotidiano. Cuando el capote se acerca hacia el límite sagrado de la plaza, ahora con el aura ritual disipada y desvanecida, también se va. Ha logrado su cometido.

La exposición titulada "El rito en los vuelos del capote" diseñada y comisariada por mi colega María Verónica de Haro de San Mateo como actividad del programa cultural del II Congreso Internacional de Tauromaquia nos ofrece la oportunidad de ahondar en el complejo ritual de una función de toros a través de la prenda de mayor contenido simbólico de la vestimenta taurina: el capote de paseo. Una obra de arte creada por artesanos-artistas y consagrada, a la vez que dotada de vida, por el artista que es el torero.

Garry Marvin

*Catedrático de Estudios Humanos-Animales
Universidad de Roehampton, Londres*

El autor quisiera agradecer a Ricardo Rodrigo Ontillera Sánchez su traducción del texto.



EL CAPO+E EN LOS
ESCENARIOS DEL RI+O

SUEÑOS DE SEDA Y ORO,
PLATA, OLEO AZABACHE...





HISTORIA DE UNA COLECCIÓN DE CAPOTES

Hace algunos años tuve la ilusión de componer una colección de capotes de paseo muy especiales para mí con la voluntad de dejar un testimonio de trabajo y saber hacer para las futuras generaciones. Una colección de capas que, al margen de los encargos que recibe la *Sastrería de Toreros Fermín* – la casa que me honro en dirigir para continuar la labor de mi madre y de mi inolvidable hermano – me permitiera dejar volar esa imaginación imposible de atrapar, esa musa que guía a todo aquel que trata de expresarse mediante la creación artística.

Por falta de medios y mano de obra que envejece, la tradición del bordado en oro está desapareciendo. Es una realidad que lamentablemente constato día a día. La idea de crear esta serie de capotes respondía al íntimo deseo de contribuir a perpetuar, de algún modo, no solo mi labor sino el oficio todo. Quizá algún día se valore en mayor medida que en la actualidad esta artesanía encomiable a la que muchos hemos consagrado nuestra vida.

Las creaciones que cedo gustoso a la exposición titulada “El rito en los vuelos del capote” y diseñada por la profesora De Haro, con quien ya he tenido la oportunidad de trabajar en otros proyectos expositivos muy cuidados, pertenecen a la mencionada colección particular y son un ejemplo de ese ramillete de capotes (todos distintos y únicos) que han cobrado vida gracias a la colaboración de las bordadoras y del resto de profesionales que conforman la *Sastrería Fermín*. Ojalá les emocionen estas obras que no fueron concebidas para ser lucidas sobre el albero sino para ser admiradas y conservadas en museos. Una colección que hunde sus raíces en el intenso viaje de anhelos, sorpresas y emociones de mi propia experiencia vital, y como no podía ser de otra forma... en el poderoso influjo de la Cultura, las Bellas Artes y la Fiesta de los Toros.

Antonio López Fuentes



UN MANTÓN DEL SIGLO XVIII POR CAPOTE

La vestimenta que diseñamos para la participación del matador Antonio Ferrera en la Corrida Goyesca del 2 de mayo de 2013 en la Plaza de Toros de Las Ventas del Espíritu Santo de Madrid, y que estamos muy contentos de ceder para la exposición "El rito en los vuelos del capote" por invitación de Dña. María Verónica de Haro - comisaria de la muestra -, fue resultado de un proyecto creativo de enorme ilusión.

Constituyó un gran reto pues aunque la Fiesta de los Toros siempre ha sido para nosotros fuente de inspiración, nunca antes habíamos materializado la idea de vestir a un torero desde nuestro *atelier* Victorio&Lucchino.

Queríamos conformar un conjunto innovador pero acorde a la ortodoxia y la funcionalidad que caracteriza a este tipo de prendas y complementos. Había que conjugar pues estética y comodidad.

Decidimos profundizar en unas raíces muy dieciochescas, rescatando elementos neoclásicos que acompañaban a la época de Carlos IV, como los meandros griegos y el coral - muy unidos a nuestra cultura - que recobraron un gran protagonismo con el descubrimiento de Pompeya.

El terno se confeccionó en dupión celeste gris, bordado en plata y coral. Quisimos destacar las solapas de la chaquetilla, así como las hombreras, con el encaje de plata en malla con grupos de coral, un elemento que nunca se había estilado en los vestidos de torear. El chalequillo fue realizado con un antiguo mantón de manila verde botella.

El fajín y el corbatín de color tabaco. Las medias, a juego con la camisa, con unos encajes de punto de aguja a modo de chorreras, color crudo. También diseñamos las zapatillas, del mismo color que el elegante vestido, con las iniciales «A. F.» bordadas en el empeine.

Capítulo aparte merece el capote, que se inspiró en un mantón de manila del siglo XVIII en color malva grisáceo. Los bordados, todos hechos a mano, se realizaron en el taller del conocido bordador sevillano Francisco Carrera Iglesias. El conjunto se completaba así de manera espectacular. Cada pieza y cada complemento de aquel terno y el capote en sí mismo, tenían protagonismo propio pero el conjunto desprendía una delicada armonía.

Recordamos elegante y majestuoso el paseillo de Ferrera sobre el albero de Las Ventas aquella tarde. Fue muy especial para nosotros contribuir a proyectar la unión de la moda al peculiar mundo de los toros y esperamos que les guste. Muchas gracias.

José Víctor Rodríguez Caro
José Luis Medina del Corral

Victorio & Lucchino







Giorgio Armani



EL CAPOTE DE MIS SUEÑOS

Encargo uno cada año. Desde que soñaba con ser torero, entre las cosas que más admiraba de esta profesión tan especial, era cómo se cuidaban todos los detalles. Soñaba con tener vestidos que brillaran con las luces de la plaza. Soñaba con ir al sastre a elegir colores y bordados. Y soñaba con poder hacerme un capote de paseo. El primer capote que me hice a mi gusto fue con motivo de mi alternativa en junio de 2016. Era blanco, bordado en colores. Es un clásico que, además, en aquel momento, cuando tienes que rentabilizar lo poquito que tienes, piensas con cual vas a tener más combinaciones posibles. Anteriormente, los había comprado de segunda mano. Pasó mi primer año como matador de toros y llegó el invierno. Pensaba ya en los colores de los trajes de luces que me podrían acompañar la siguiente temporada, la que iba a ser mi primera completa como matador de toros. Fui al sastre y se me fueron aclarando las ideas. Pero, aunque tenía mi capote de paseo nuevo que había usado poquito, en mi cabeza rondaba la idea de hacerme otro para estrenar en una tarde importante: la del día de mi confirmación en Madrid.

Elegí un rosa palo bordado en oro. Ese día lo iba a estrenar con un vestido color pizarra y oro que solo me puse esa fecha, por lo que después aconteció, y que conservo en una vitrina en casa como el mejor de los recuerdos. Ese día corté dos orejas a un toro de Alcurrucén, "Barberillo" de nombre, que me dio la gloria, al conseguir abrir la puerta grande de Las Ventas. Se cumplió el sueño de mi vida. Era el 25 de mayo de 2017. Esa fue la fecha que dio un giro a mi carrera y a mi vida.

El capote que estrené ese día, el rosa, sí que me lo he vuelto a poner en muchas ocasiones. Para mí es una joya por los buenos recuerdos que conservo junto a él. Salvo en días muy especiales, normalmente no planifico qué vestido me voy a poner, ni con qué capote voy a hacer el paseillo. Ese día sí lo tenía claro porque "iba de estreno", como se suele decir.

Desde la noche antes que llegué a Madrid, ver el traje en la silla, el capote de paseo extendido en la cama... un capote de matador de toros... un capote que había elegido yo, que había hecho el sastre para mí, al que le había hecho el seguimiento de cómo avanzaban los bordados... Fermín me mandaba fotos de cómo iba quedando y yo contaba los días para verlo terminado. Era ese capote con el que soñaba cuando quería ser torero... Y ahora lo tenía en frente, preparado, para llevármelo a la plaza bien dobladito... ¡Qué bonito es el toreo! Ahí empiezo a pensar y la cabeza empieza a dar vueltas, a construir faenas, una tras otra. Pongo el capote encima del vestido que me voy a poner, para ver por enésima vez cómo casan juntos. Pasa la mañana y entraron a salir de la habitación los miembros de mi cuadrilla, me traen la comida y hasta esa hora todo es normal, suelo estar bastante tranquilo. El peor momento para mí, el momento de mayor soledad llega cuando todos se van a descansar. Me quedo solo en la habitación. Solo con mi vestido, mis zapatillas, mi montera y mi capote de paseo... Mirarlo me produce mucha responsabilidad. Solo los toreros sabemos lo que significa vestirse de luces. Es algo más que un rito. Cuidar los detalles es una forma de respetar al máximo la profesión más bonita del mundo y en la medida de lo posible, seguir engrandeciéndola. Para mí es algo sagrado vestir bien de torero. Algo por lo que desde que era novillero con picadores invertí lo poquito que ahorraba para tratar de ir vestido lo mejor posible.

Como una hora y media antes de la corrida, llega el mozo de espadas y comienza la cuenta atrás. Media taleguilla, camisa, corbatín... Poco a poco vamos concluyendo el rito. Paso por mi capilla que siempre me acompaña y antes de salir de la habitación, me pongo el capote, bien doblado del revés y yo. Nos vamos juntos a la plaza. Rodeados de mi cuadrilla. Pero al fin y al cabo, solos. Mi soledad de nuevo la paso con

él. En el coche de cuadrillas se habla poco, o casi nada. Depende de la plaza, pero aquel día en Madrid, el día que estrenaba mi capote rosa, recuerdo el silencio y luego el ruido al bajarnos en Las Ventas. Y de nuevo en cuadrillas, saludos a los compañeros, a profesionales, fotografías, nervios... pero mi capote me acompaña. Cuando unos minutos antes mis subalternos se acercan para liarme el capote, ahí ya estamos en la corrida. El momento de hacer con él el paseíllo, su único momento protagonista, es un momento de reflexión, de intimidad a pesar de la música, de los aplausos y de la fiesta en el tendido.

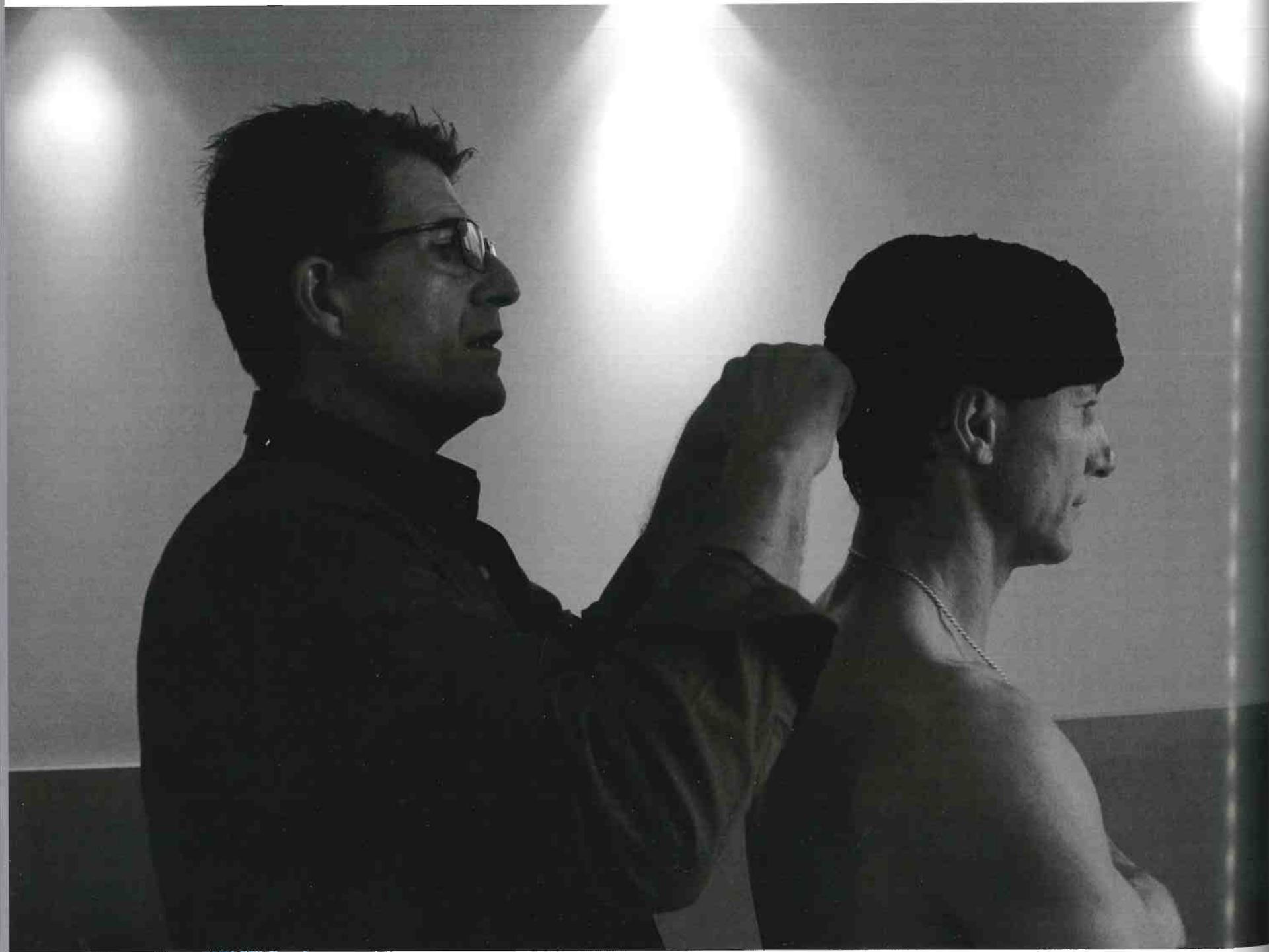
Por todas estas cosas, el capote es más que una prenda. Es una joya. Una reliquia. Porque él y yo sabemos los momentos que pasamos solos. Y lo que se nos pasa por la cabeza. Seguiré haciéndome un capote en cada inicio de temporada. Pero este rosa que tienen la oportunidad de admirar en la exposición "El rito en los vuelos del capote" siempre será, sin duda, el más especial para mí.

Ginés Marín

Fotografía: Verónica de Haro >



(IΠ) PACIENTE + E ESPERA...



LITURGIAS DE LAS HORAS PREVIAS

Las horas previas a la corrida me inquietan sobremanera. Percibo que el tiempo se estanca como adormecido en la habitación del hotel donde rara vez concilio el sueño antes de torear. En esos momentos trato de mantener mi mente ocupada. Pienso mucho en los míos, sobre todo en mis padres, mi mujer y mis hijas.

Y también en el público. Puede parecer extraño, pero en esos momentos también pienso mucho en el público porque respeto profundamente a la gente que acude a una plaza de toros a verme torear. La responsabilidad, el miedo a defraudar... siempre están ahí.

Cuando se torea con frecuencia, a pesar de la liturgia que lo envuelve todo y que cada compromiso exige la misma mentalización y preparación - porque el toro es toro todas las tardes, independientemente de la plaza en la que actúes y el hierro que lidies - las cosas tienden a relativizarse un poco, incluido el proceso de vestirse para torear. Pero cuando se viste el traje de luces con menor asiduidad, y lo digo con pleno conocimiento de causa y muy a mi pesar, todo adquiere un tono más grave y parsimonioso y todos los momentos se sienten (para bien o para mal) de una manera más honda y peculiar.

Si tuviera que elegir alguno que ejemplificara esto especialmente, sería sin duda el de esos momentos previos al festejo en la habitación del hotel, esos ratos de soledad y de introspección en los que escuchas tu propia respiración y cualquier sonido externo pasa a un segundo plano.

Después de varios años sin ver mi nombre en los carteles de la feria taurina de mi tierra, este 2018 - especialmente duro para mí por los escasos contratos y el percance de Valencia - he podido torear en la Plaza de Toros de La Condomina de mi querida Murcia.

Tengo que confesar que ese día, también los anteriores, lo viví desde un recogimiento muy especial.

Me recuerdo en el hotel mirando ensimismado el traje que iba a estrenar, un terno que me hice a principios de temporada y que decidí reservar con la esperanza de lucir en septiembre en la feria, ante mis paisanos.

En la silla aguardaba también mi capote del Cristo del Gran Poder, mi leal confidente y protector. A él me encomendé esa tarde con el deseo de que todo saliera como yo deseaba y mis paisanos merecían a pesar del cielo plomizo que mi hermano Ramón se esforzaba en disimular corriendo las cortinas y encendiendo todas las luces de la habitación.

Rafael Rubio Luján "Rafaelillo"





LA SILLA DÓNDE REPOSA LA ILUSIÓN

Abres los ojos y todo está oscuro. Las cortinas, echadas. El aire se ha hecho tan denso que cuesta no solo respirar, sino incluso traspasarlo con la mirada. Allá, al fondo, está la silla con la segunda piel que has elegido para, una tarde más, poner en juego la vida por un sueño. Pero no es esa seda la que ves. En medio de la penumbra, un hilo de luz se cuele para posarse en el único color que eres capaz de distinguir en ese cuarto que cada vez parece hacerse más pequeño. Afinas la vista y sientes como si esas miles de puntadas cobrasen vida. Como si las flores se abrieran. Como si la Estrella, la Guadalupana, la Virgen de Fátima pudieran recogerte y velar ese sueño que aguardas despierto. Un escalofrío te recorre la espalda. Quieres poner la mente en blanco. Pensar en otra cosa que no sea el miedo. Pero al miedo no se le vence fácilmente. No al menos en la habitación del hotel.

En esos momentos sientes la soledad más intensa. Se parece incluso al desamparo. Y tan solo la luz del capote de paseo en el que vas a envolverte esa tarde es capaz de arrullar tu angustia. Llega un momento en el que, de tanto mirarlo, parece que te habla. Que con esa voz imaginaria es capaz de callar los gritos del miedo. Tan solo la suavidad de sus telas puede en esos instantes tan oscuros partir la lija en la que se ha convertido el aire de tu habitación, donde no hay tijeras capaces de cortar el temor.

Intentas dormir. No siempre puedes. Y cuando abres los ojos, allí está él, con su color, con su alegría, con su luz, transmitiendo la poca paz que eres capaz de sentir cuando todo en ti es oscuridad y desasosiego. Miras el reloj. No han pasado ni diez minutos desde la última vez que viste las agujas, pero sientes que se te ha ido vida y media en ese lapso. Y vuelves de nuevo tu vista hacia esa silla en la que reposan tus ilusiones, tu esperanza, tus sueños. Incluso parte de tu fe. Es increíble cómo una tela bordada puede transmitirte tanto. Según sientas tu ánimo, así eliges al compañero

que habrá de envolverte en ese camino de la oscuridad del túnel de cuadrillas a la luz cegadora del triunfo que anhelas. Y unas tardes te susurrará "aquí tienes la Estrella que te guía". Otras, "el valiente no es quien nunca tuvo miedo". Y siempre tendrá un abrazo mudo y reconfortante para ti.

Tocan a tu puerta. Ha llegado la hora. Se abren las cortinas y vuelve a pasar la luz. Retiran el capote de la silla y queda al descubierto tu traje de luces. Vas enfundando tu cuerpo en esa segunda piel, pero no será hasta un buen rato después, después de bajar de la habitación, sentarte en el coche y recorrer esos metros inacabables que llevan de la puerta de la plaza al patio de cuadrillas, cuando, al notar el capote de paseo cayendo sobre tu espalda, sientas que ha llegado el momento. Y da igual las capas de tela que lleves sobre tu piel, porque en esos instantes en los que parece pararse cada reloj del mundo, es la seda de tu capote bordado la que parece abrigar tu alma.

Nunca he querido que nadie me ayudase a liarme el capote de paseo porque me parece el momento más personal e íntimo que un torero puede vivir. Es el momento en el que solo hay seda entre mis miedos y yo. Entre mi angustia y mi sed de triunfo. Y poso la barbilla sobre él para asegurarlo y esa delicadeza de sus telas me transmite la paz que necesita un alma que en esos instantes parece estar cuajada de cuchillas. Y así, envuelto en él, descuento minutos. Suenan los clarines y aprieto con fuerza el capote. Y aunque tras la puerta del patio ensordezca el murmullo del gentío, llego a sentir que estamos los dos solos. Como uno nada más. Y, entonces sí, ya no hay miedos. Ya todo es color y luz. Porque ya es el momento.

Sebastián Castella

A LA PLAZA, ABRIGANDO ⊕ ILUSIONES...

DEL CØCHE DE CABALLOS AL MØNØVOLØMEN

No nos pondremos de acuerdo nunca con aquello de si el tiempo pasado fue mejor o simplemente sucede que el pasado no regresa. A veces recordamos "aquellas cosas de los abuelos" cuando de repente nos topamos con una imagen o con la letra de una canción que nos suena de la niñez o de la adolescencia y, al reflexionar, nos damos cuenta... pues sí, que los tiempos cambian que es una barbaridad. La canción la oímos muchas veces, ahora hay que buscarla en *Youtube* o *Spotify*. Está, lo aseguramos. Sara Montiel y antes Raquel Meller o Imperio Argentina le ponían voz a una letra que decía así:

*Un día de san Eugenio
Yendo hacia el prado le conocí
Era el torero de más tronío
Y el más castizo de tó Madrid.
Iba en calesa
Pidiendo guerra
Y yo al mirarlo
Me estremecí.*



^ Fotografía: Vandel (Archivo Biblioteca Regional de Madrid)

La letra se afana después en la narración de sentimientos. Muchos recordarán su nombre: el de la película y el de la copla. Era "El Relicario". José Paco puso música a la letra compuesta por Armando Oliva y José Castellví en 1914. Viene a cuento lo de *relicario* porque es lo que el torero de la calesa se fabrica con un trozo de la tela de su capote, el que la protagonista canta pisa con su tacón.

Los toreros en calesa o en carretela, camino de la plaza de toros de la Puerta de Alcalá o de la de Goya, claro, también el Prado, el Paseo del Prado, podían encontrar un buen lugar de encuentro para "coquetear", pues que desde Atocha o la Puerta del Sol, los toreros iban en coche despejado. La letra dice "el Prado" y algunas versiones hablan de "El Pardo", además en el día de San Eugenio, que es su patrón, pero entonces no valdría, porque el Prado era lugar de paso hacia la plaza y el Pardo, difícilmente. Y no solo los toreros, también la infanta Isabel, aprovechaba el recorrido desde el palacio del barrio de Argüelles para darse un baño en la multitud madrileña, que la adoraba, camino de la plaza de toros. La más castiza, como el torero de la calesa, fue un famoso lienzo, López Mezquita la inmortalizó en esta guisa.

Lagartijo y Frascuelo, en su esplendor, iban en coche de caballos a la plaza abrigados con sus lujosos capotes de paseo. La ilustración de Ferrant, publicada en la revista *La Lidia* lo demuestra. También Daniel Perea en 1888, dibujó a "El Bebe" en un coche de caballos en el propio ruedo de la plaza recibiendo el homenaje de los espectadores desde el tendido. Y toreros anónimos, poco conocidos queremos decir, utilizaban la carretela para llegar a la plaza.

Son conocidas las fotografías de los picadores yentados hacia la plaza de Goya, a caballo, con su mozo y su cuadra detrás en la misma cabalgadura, pasando por las Cibeles. Estos no pedían tanta guerra como el torero

✓ Fotografías: (1) Alfonso, (2) Anónimo (Museo Ramón Bayo)



“El Relicario”, que allá por 1914, cuando sus creadores lo difunden, podían estar pensando en El Gallo, Fuentes o en el mismo Enrique Vargas “Minuto”. Simbólicamente, de vez en cuando, ya en los años cincuenta las cuadrillas también iban en coche de caballos. Conocemos alguna fotografía de Gyenes en la que estos van a la plaza. La admiración que despertaban entonces era doble. “Ahí van los toreros...” se comentaba.

Después, con el automóvil, la “rivalidad” de Joselito y Belmonte era únicamente en la plaza. La desmienten las fotografías en coche, ya de motor, en el que van juntos a la plaza de toros. Belmonte, después de una sobremesa animada en la trastienda del estudio fotográfico de los Alfonso, amigos suyos, salía para la plaza ya vestido en el vehículo de estos con su capote de paseo bajo el brazo. También a Marcial, en una estupenda fotografía de Vandel, le vemos en un

vehículo de motor similar. Es un Marcial figura ya del toreo, en los años veinte.

Y ahí volvemos, los tiempos cambian que es una barbaridad. Recordamos las fotografías de Santos Yubero de los vehículos que lucen los diestros. Manolete firmando autógrafos a sus fans sobre el capó de su famoso Buick azul. También Paco Camino gustaba de lucir sus coches. Conocemos alguna fotografía del torero de Camas, en Pamplona, saliendo hacia la plaza en un imponente Mercedes o delante de un Rolls Royce.

Del caballo a los caballos de potencia. Es la evolución también del entorno del toreo. Nos acordamos ahora de aquella vuelta de “El Gallo” de uno de sus viajes a América. No desembarcó hasta que no le trajeron un sombrero cordobés. Sus partidarios tenían que ver siempre al torero. Los toreros, siempre “en torero”.

En la actualidad son auténticas *suites* de lujo algunos de los vehículos de las figuras. Monovolúmenes inmensos, en los que viajan cuadrillas enteras con sus trastos. Torear el 14 de agosto en Málaga y el 15 en Gijón se hace por carretera, todos en animada charla o en placentero sueño. El contraste con la media hora del hotel a la plaza en coche abierto de caballos de hace 100 años nos hace ver, insistimos, el cambio en los usos del toreo. Lo que no cambia es la compañía que el capote de paseo proporciona al torero durante la travesía a la plaza y lo que sucede en el ruedo cuando el toro ha salido de toriles. Ahí sigue siendo, afortunadamente, todo igual: un torero frente a un toro.

Manuel Durán Blázquez



Fotografía: Colección Manuel Durán >



Fotografía

ANTONIO BIENVENIDA: UN GESTO PUEDE CONDENSAR TODA LA TORERÍA

Las lecciones del Papa Negro a sus hijos iban mucho más allá de un saber estar en la plaza. El concepto de la lidia que de forma tan amplia conocía Manuel Mejías. El estar en torero dentro y fuera de la plaza. La pureza en el ruedo. La verdad en la calle. "Mi padre nos enseñó el toreo, mi madre la religión", decía Ángel Luis Bienvenida. El toro y Cristo como bases de una educación que traspasaba los muros de las plazas de toros y de las iglesias.

Cuando veo a un matador de toros bajarse de la furgoneta sin la montera y sin el capote de paseo en la mano pienso, "vaya colleja le daría el Papa Negro". El toreo está lleno de liturgias que lo hacen más trascendente todavía. Además de ser sagrado debe parecerlo. Por eso hay que cuidar todos los detalles.

Los Bienvenida supieron llevar la torería en todo momento. Los ladrillos de Madrid, con la presión que eso conlleva, no lograron empequeñecer el espíritu de ninguno de los miembros de la Dinastía, que ya desde niños torearon como becerristas en su arena. Primero en la plaza vieja de Madrid, después en la Monumental de las Ventas que nunca ha encontrado un torero que se ajuste más a su idiosincrasia que mi abuelo, Antonio Bienvenida.

La responsabilidad pesó en cada uno de sus paseillos. Siempre que esperaba en aquel túnel de cuadrillas tras pasar por la capilla se amontonaban los aficionados, los fotógrafos y los profesionales que querían acercarse. La sonrisa en su rostro, la combustión indomable de la procesión interior. En aquella capilla hoy se encuentra la talla de Jesús del Gran Poder donada por la familia y a la cual rezó siempre su madre en General Mola 3. Impecablemente vestido de luces, el capote de paseo descansa en el antebrazo del maestro antes del rito de liarse en soledad. La seda abierta muestra el bordado cuajado. La esclavina esconde las manos y al mismo tiempo muestra la belleza de una obra artesanal

y maestra que no sólo debe destellar en el paseo. También lo puede hacer en el oscuro umbral de los miedos e ilusiones. ¡Qué torería!

La fotografía de Martín del camarero y del niño con Antonio Bienvenida me la enseñó José Luis Ramón. Se publicó en *6TOROS6* con un exquisito texto que relata de esta manera la estampa de Antonio Bienvenida: "su imponente figura, su torería y el brillo de sus zapatillas...". Fantástica resulta su descripción de la admiración de un niño a un maestro consagrado que luce la joya de seda y oro sobre sus brazos: "Me fascina la mirada del niño, su expresión de arrobó ante la figura del torero, ese ser superior al que siempre habría que mirar con los ojos de ese crío, un diminuto vendedor de licores en Las Ventas. Ser torero es esto, aunque algunos incultos lo hayan olvidado: ser el centro de la vida, un gigante al que un niño mira con los ojos llenos de admiración y deslumbramiento".

El toreo, como el amor, se encuentra en los pequeños detalles. En aquellos pequeños gestos que distinguen las acciones bien hechas de las acciones simplemente cumplimentadas. Los toreros se envuelven en seda para afrontar ese paseillo que puede ser el último. Al Papa Negro le encanta fijarse cómo iban liados los toreros durante el paseo, y en función de sus andares y de la colocación del capote apostaba por uno o por otro. El capote de paseo define más de lo que el común de los mortales vemos. Si es tan bella la intimidad de liarse, el recogimiento de ese momento. Lo es más y durante más tiempo la espera con el capote en las manos. Es un momento para mostrar la maravilla bordada a mano por los sastres que, a su forman, también aman el toreo. Después llega el ceremonioso acto: En cada pliegue un pensamiento, en cada corrección un miedo y, probablemente, una vez liado el recuerdo para una persona. Porque el capote de paseo es el último amigo al que se abrazan los toreros antes de jugarse la vida.

Gonzalo I. Bienvenida

"LIARSE EL CAPOTE". EL PASEILLO.
"CAMBIAR LA SEDA POR EL PERCAL"

¡A LIARSE SEÑORES, ES LA HORA!

Hay un momento previo a la corrida en el que el capote de paseo cobra el máximo protagonismo, unido al momento de la verdad, esos instantes en los que antiguamente se escuchaba la voz del banderillero viejo cantando: ¡A liarse señores, es la hora! Se inicia entonces el rito. Cada uno de los toreros envuelve su cuerpo con el capote y toma las puntas entre las palmas de las manos para trenzarlas en un juego misterioso que finaliza con el vientre escondido tras la seda, como si fuera el mandil de la madre cuando niños, que protegía y al mismo tiempo acunaba.

Al llegar la hora mis ojos se fijaban en el temblor de las manos, en el ir y venir de los dedos para templar los nervios, en esos gestos en los que vi representada la vida misma del torero en apenas segundos, cuando el sueño de futuro se plasmaba en su cerebro como una película muda. Las yemas de los dedos pasaban entonces a ser entonces el mundo entero. La vista se posaba en los nervios y en la piel machacada por golpes de carretón, por los cortes del acero y por las espinas del estaquillador de madera. Y al inmortalizar el momento el resultado parecía un grabado, un cuadro, un símbolo de toda la tauromaquia, una forma de representarla, también de sentirla. ¿Por qué las manos de los toreros? ¿Por qué ese momento? No hay respuesta, sólo esa sensación de que en el constante diálogo de mis ojos con sus manos algo, alguien, trataba de hablarme. Las manos de los toreros son el antagonismo del capote de paseo, pieles curtidas frente a pliegues de seda, heridas viejas frente a bordados de oro. Y sin embargo conforman un misterioso todo. Es entonces cuando el torero piensa en que su cerebro mande sobre la palma de la mano, que la orden llegue al extremo de los pulgares y de los índices, para templar con la cabeza y ejecutar con la muñeca. Es entonces cuando el torero se imagina su lidia, su tarde.

En el juego lento y pasional en el que los dedos se retuercen sobre sí mismos para plegar la tela frágil,

se van descubriendo los espacios de una parte del cuerpo que casi nunca se tiene en cuenta, y que llenan en el interior las líneas trazadas de la vida y de la muerte, y en el exterior las venas oscuras como ríos que desembocan en el romo de los dedos, bajo las uñas.

Durante tiempo, mientras los fotógrafos captaban los rostros y las escenas propias del previo a la corrida yo detuve la mirada en las manos de los toreros de oro y plata, observando cómo gesticulaban, y cómo respondían al miedo, a las angustias, a los sueños, igual que las manos que los rostros. En ese tiempo capté las grietas, los nervios, las uñas machacadas, los pliegues de la piel quemada y otras tantas escenas interpretadas como parte de sus vidas, de sus historias.

La fotografía, fiel reflejo del instante decisivo, como dijera Cartier Bresson, cobraba el mayor de los sentidos porque el primer gesto del torero con el capote de paseo imitaba, imita, los vuelos de las mariposas cortando con la seda el aire caliente de las cinco de la tarde, antes de que se acople sobre los hombros cubra luego las espaldas bajo las esclavinas. Las manos del torero comienzan a tejer la madeja y sus dedos aprietan la tela para amarrarla con fuerza, como las barcas de pesca en los puertos, como las cuerdas de las carpas en los circos, como las cordadas de los alpinistas en la soledad de la naturaleza. Se ajusta después la seda al vientre, arrojando los riñones y dibujando más allá de la cabeza, las caderas estilizadas, recogidas.

Cada pliegue, cada movimiento esquemático, señalando las celdas del panal, y en la oscuridad de las ondulaciones punzan las abejas en el estómago como agujas afiladas en granito. Y tras el momento agazapados los pliegues en la inmensa sensación de poderío, emergen de nuevo las manos plagadas de huesos golpeados, con los dedos largos, eternamente descansando en oros y bordados.

Los nudillos se expanden, se abren como los frutos del otoño en las ramas y de nuevo las yemas de los dedos se rozan provocando sensaciones. La seda se adapta, se deja llevar por las voces de mando, y de vez en cuando la operación se repite para tensar los pliegues, para que el tiempo pase lo más rápido posible.

Luego, las manos esperan ya entre los pliegues, atrapadas por los golpes de los rayos cuando al cruzar el portón el sol alumbra los bordados, atendiendo a la música en compases, aguardando a que la última nota las libere del presidio. Al iniciare el paseillo dejan de moverse y sin embargo bailan al compás del pasodoble, sin que nadie lo note, cruzando el campo de batalla de norte a sur, de sur a norte.

Manos cortas, ligeras, espesas, huesudas, quebradas o tensas; manos vivas o muertas, nerviosas, enrocadas, encerradas en sí mismas, manos para modelo de Leonardo o de atlas anatómico pintado. En las uñas se marcan, de vez en cuando, los avatares del tiempo, los golpes bajos o las muescas negras de los despachos. Las formas de los dedos se ven como

extremidades de fieras... Garras a veces de rapaces, otras anchas y ajenas como las de felinos, y la mayoría ágiles y fuertes, como de gacelas.

El capote de paseo es el telón de fondo a toda esta historia, el paisaje en el que las manos se mueven, un forillo ante el que posan mientras actúan en el teatro público, aunque el cerebro se entretenga en dar órdenes de impulsos contenidos para que el rito no pierda su vigencia. He aquí la comunión del momento:

*La danza de los dedos
sumidos en sudor de yemas entre aguas
teje con paciencia el lío del capote.
Y al quebrantar los huesos
el quejido de los nudos sobrecoge.
Las manos temblorosas
impregnadas en arcillas de alfar o de caolines
esculpen en silencio la conciencia.
Y al acariciar la seda
el murmullo de los pliegues embelesa.*

Juan Miguel Sánchez Vigil



Fotografía: Sánchez Vigil



MI DULCE PROTECCIÓN

Desde que decidí ser torero soñaba con poder hacerme un capote de paseo con la imagen de Nuestra Señora del Dulce Nombre de María, de la que es muy devota mi madre, y de la que hay una imagen en la iglesia de su pueblo en La Escarihuela, muy cerca de La Escucha, la pedanía de Lorca donde yo nací. A ella me encomiendo cada tarde que me visto de luces y, en citas importantes, me gusta cubrirme con el capote que lleva su imagen bordada, implorando su auxilio y protección. Todas las veces que he sido anunciado en la Real Maestranza de Caballería de Sevilla me he envuelto en él. También muchas de las que he toreado en la Monumental de Las Ventas de Madrid. La busco de manera más intensa en las citas de mayor responsabilidad, partiendo de la base de que cada tarde es única.

Para mí, como torero, pero también como hombre, este capote posee un significado muy especial. Tenerlo era un sueño cuando me iniciaba en este mundo del toro, porque es la imagen que veneramos en casa de mis padres desde que tengo uso de razón.

El capote está bordado en blanco, que es un color con el que me siento muy identificado, ya que simboliza la pureza. El bordado en seda de la imagen de la virgen conserva los tonos de la talla original. Está hecho en seda, y su textura se adapta muy bien a mi complejión física. Fue elaborado por las manos primorosas de la Maestra Nati en Madrid. Me lo confeccionaron en el año 2014, a los ocho años de haber tomado la alternativa.

Los toreros somos muy supersticiosos. Prestamos mucha atención a qué llevamos cada tarde que salimos al ruedo. Si se repite un éxito con algún vestido, somos capaces de lucirlo con muchísima frecuencia. Lo mismo sucede con los capotes de paseo. A veces pienso que son nuestra carta de presentación, lo que somos en lo más íntimo de

nuestro ser. Dice mucho de cada uno de nosotros, del momento que atravesamos, de las preocupaciones que nos invaden en los distintos momentos, porque no hay que olvidarlo: también somos personas. Aunque en el ruedo nos abstraigamos de la realidad, sentimos, sufrimos, nos alegramos igual que el resto de los mortales. Pero vivimos diferente, porque nos enfrentamos a la muerte cada tarde, mirándola a los ojos, muy cerca, frente a frente.

Liarse el capote de paseo es un momento íntimo, personal. Uno de los más especiales en cuanto a lo que es, y significa, la liturgia del toreo. Sentir a la Virgen María sobre mí me produce un sentimiento de enorme amparo que me hace sentir algo especial. Es el más especial de los que tengo. María es madre, por tanto, protectora, amorosa. Es el hombro al que todo hijo se acerca cuando le acechan las dudas, los miedos. Da fuerza, entereza, arrojo. Y serenidad. Mucha serenidad.

Paco Ureña

Este texto fue publicado originariamente en: De Haro de San Mateo, María Verónica (coord) *De seda y oro, plata, óleo o azabache... capotes con historia*, Fundación Paso Azul, 2017, pp. 121-122

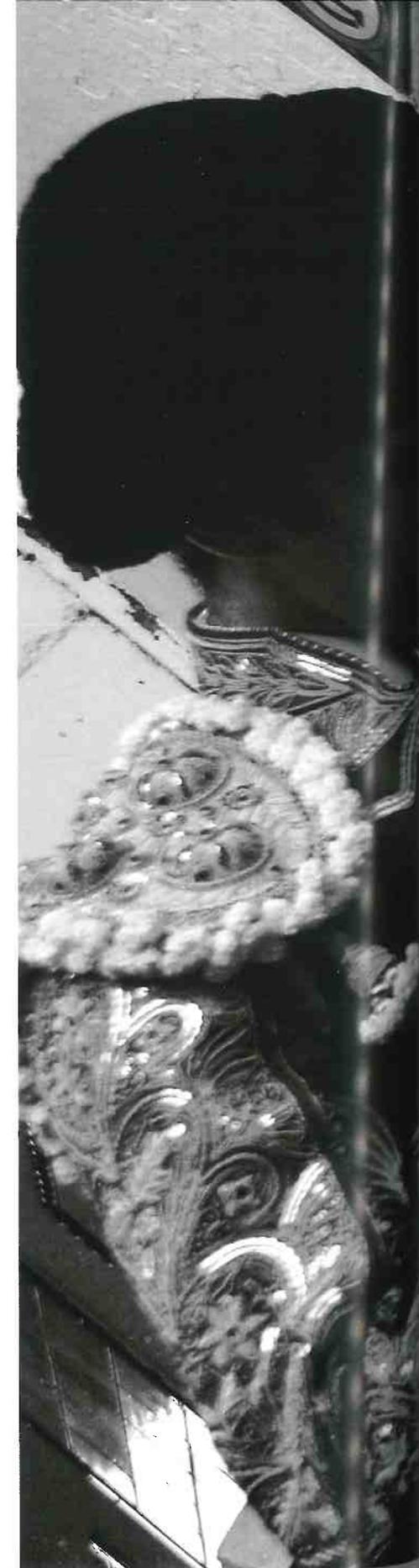
MIENTRAS EL NIÑO LO (AD)MIRA

*La vida cabe en un cuento. La verdad en un decir.
El mundo en un pensamiento (José Bergamín)*

Si la vida está conformada por una sucesión de pequeños instantes, la imagen que capta con su cámara la sensibilidad de Anya Bartels es la foto fija de sentimientos muy diversos, entremezclados. Los cuentos de la infancia tienen como protagonistas príncipes y princesas, guerreros, animales que hablan... pero en ellos no aparecen nunca héroes con vestidos de oros, platas y sedas que dan luz al desafío. Liados en su capote adornado de vírgenes protectoras y bordados sacerdotales, salen a la arena para, ante el toro y el coro, desafiar a la muerte en la más hermosa danza ritual: el toreo. Ceremonia ritual y sacrificial que, como tal, requiere un sacerdote, el torero, que, desafiante, parsimonioso y altivo hace el paseíllo, antesala luminosa, colorida y musical de la más llamativa, brutal, delicada y fugaz creación artística. Al ver la mirada del niño me reconozco, tal vez por la ilusión y admiración que hay en esos ojos por los que tiene que pasar mucha vida. Dicen que hay cosas, bien sea una magdalena o una canción, que te trasladan a momentos de tu infancia. Me imagino siendo yo quien toca el capote de paseo que se lía el rey republicano de los toreros y al deslizar la yema de los dedos por las sedas y bordados recorro a la vez un imaginario y fugaz viaje que me lleva a momentos de felicidad, angustia, miedo... pero, sobre todo, pasión. Esa pasión que nos hace sentir vivos, que nos reconocemos, "Estamos vivos de milagro", decía Enrique Morente. "Vivir sin torear no es vivir", según sentencia del torero que se lía el capote mientras el niño lo (ad)mira. El toreo, un milagro en sí mismo. No, no es un cuento porque es verdad, la verdad más desnuda, la que pone en juego la vida. Por eso, en esa mirada del niño al héroe, está - además - la pregunta que luego, en el ruedo, tendrá respuesta. O no.

Aitana March

Fotografía: Anya Bartels >





ABRAZADO A MI TIERRA

Cuando suenan clarines y timbales no hay vuelta atrás, es como ese momento previo de saltar al vacío sin saber lo que va a pasar en tu vida durante las dos próximas horas. Es el momento del paseílo, de salir al ruedo, de hacerlo con la cabeza alta, de esconder los miedos con los que tenemos que convivir. La primera mirada nada más abrirse el portón y salir al ruedo es a los tendidos, a la gente que está allí sentada y que espera lo mejor de ti. En ese momento ya notas muchas cosas, te puedes hasta dar cuenta de la predisposición del público.

Siguiendo con las rutinas que adopto todos los días que toreo, echo un vistazo a las banderas y al tercio para comprobar si sopla el viento o no. A los toreros nos preocupa mucho, es el toro más incierto, porque de una traicionera racha de viento mientras estás delante del toro con el capote o la muleta, pueden precipitarse acontecimientos inesperados. A mí me condiciona mucho por la forma que tengo de torear. Del viento depende que podamos coger los trastos con la tensión exacta en los brazos para conducir adecuadamente las embestidas del toro.

Controlar las emociones es otra de las tareas que me toca lidiar cada vez que toreo, por eso es tan necesaria la preparación diaria a lo largo del año, tanto de mente como de cuerpo. Llegar a la plaza con tus biorritmos en estado óptimo puede llegar a ser clave en tardes de máxima responsabilidad y exigencia.

Una de las rutinas que me gusta mantener es la de llegar a la plaza con tiempo suficiente, quizás se deba a aquellos años de mi niñez en la vieja plaza de mi pueblo, Arnedo, a la que iba mucho antes de empezar la corrida a ver cómo entraban los toreros. Esos minutos de espera se hacen interminables, pero a mí me sirven mucho para concentrarme, para liarme el capote de paseo sin ninguna prisa, con la misma cadencia que me gustaría torear luego a mis toros.

Puede parecer un tópico, pero para mí el capote de paseo es como una segunda piel, una prenda con mucho magnetismo. Normalmente 'me lío' junto a Luis Miguel Villalpando, mi apoderado, el hombre de confianza que tantas tardes a lo largo de estos años no se ha separado de mí ni un solo instante.

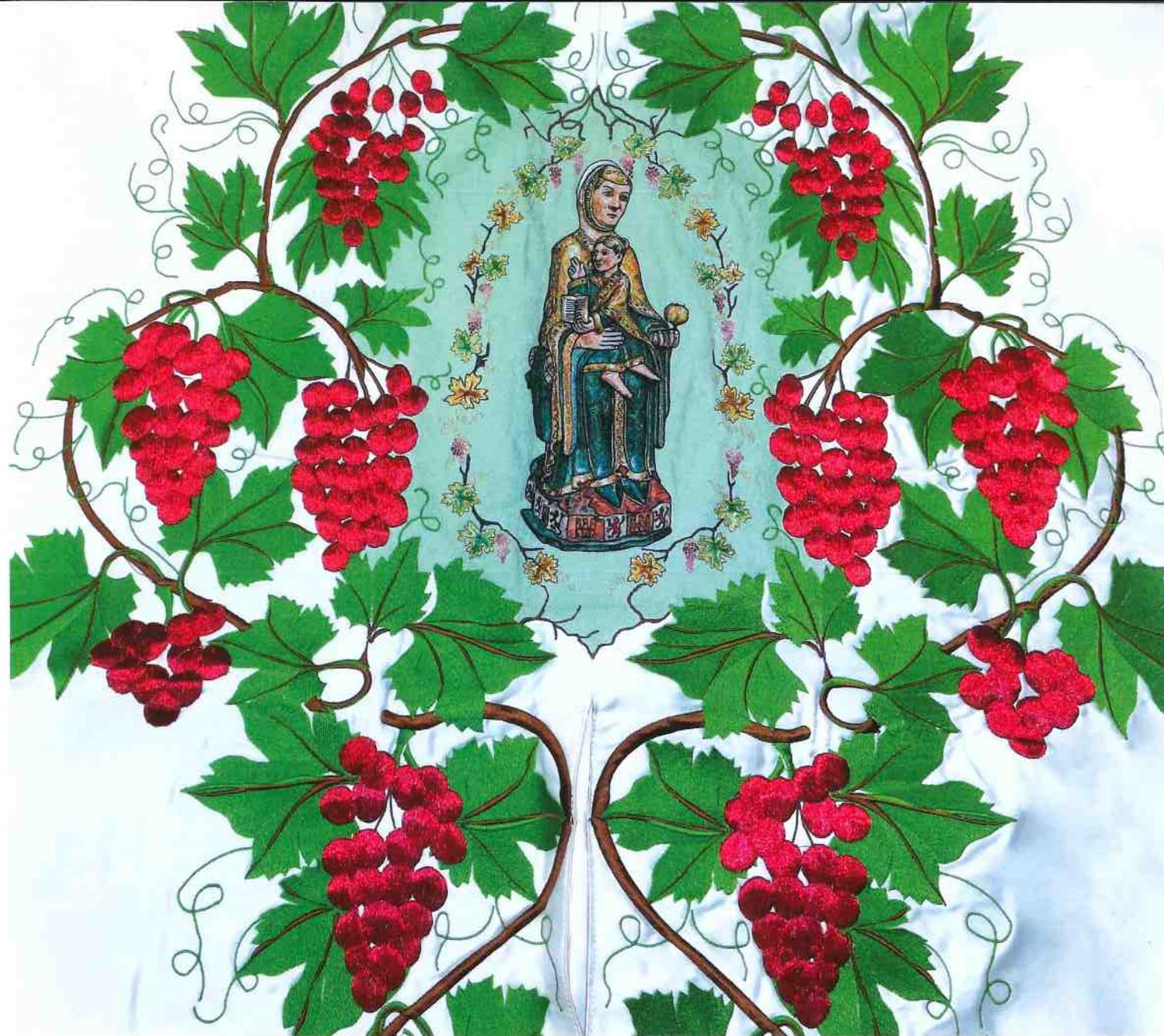
Liar el capote de paseo a tu cuerpo es como una ceremonia de introspección. En esos momentos en los que matadores y banderilleros estamos inmersos en un momento muy litúrgico, el silencio es atronador. Es por así decirlo la hora de la verdad. Sientes el miedo y la responsabilidad, porque sabes que te juegas mucho, tu prestigio y tu cuerpo. Ese peso, a veces casi insoportable que se acumula en el túnel de cuadrillas, hay que superarlo con calma y determinación.

La fuerza simbólica que contiene el capote de paseo me ayuda, tarde tras tarde, a iniciar ese viaje a lo desconocido. Yo lo comparo al manto que cubre algunas tallas religiosas, siento que el capote de paseo me protege y cubre de todos esos miedos antes descritos.

El capote de paseo que tengo el inmenso honor de ceder para la exposición "El rito en los vuelos del capote" es fruto de los sueños que tenía de niño y que poco a poco han ido haciéndose realidad.

Este capote es uno de los cinco que hasta ahora he ganado como mejor torero en La Rioja. El bordado representa la esencia de mi tierra, la vid, la uva. Somos un territorio de gente que cree firmemente en el trabajo y en que éste siempre es la consecuencia del éxito. El esfuerzo, la franqueza, el respeto y la verdad son valores que mis padres me transmitieron desde muy niño y a los que nunca he renunciado.

Antes de comenzar el paseílo suenan los primeros aplausos, rompe la música, y arranca ese camino, según



el diámetro de la plaza, más corto o largo en el que vas soltando en cada respiración la tensión acumulada. Mientras tanto, la gente escruta los ternos que hemos elegido para torear y que era algo que a mí también me gustaba hacer de chaval. A veces, ocurre que el capote de paseo reluce y destaca por encima de todo. Los tonos y el fondo pueden producir esa sensación entre el público que ha venido a verte. Este capote de paseo

me lo hice precisamente con esa intención, quería destacar con la pureza del blanco como fondo a las hojas, los racimos, las uvas, la vid, la tierra que me vio nacer y que con gran orgullo llevo a todos los lugares donde toreo.

Diego Urdiales

DEL HOMBRE A LAS MANOS

El torero, inconcebiblemente cómodo en el terso silencio que colma la habitación del hotel, vigila, insistentemente, de reojo la silla donde ha colocado su mozo de espadas -con minuciosidad de sacristán - las prendas del traje. Ha de estar todo en su sitio. No es superstición. Se trata de no turbar el intangible mundo de los hados. Esas minúsculas divinidades que administran la fortuna de los artistas. Y cuya complacencia exige la cabal interpretación de rigurosas liturgias. Cualquiera que juegue a forzar el destino sabe de este orden cosmogónico: faltar al precepto o al orden es abrir la puerta al oscuro maleficio de los mengues.

El capote de paseo nos abre, con su inclusión, al inicio de un dilatado rito que acabará -horas más tarde - en esa misma estancia; cuando el torero se haya deshecho ya, de su última prenda. Sujeto a ceremoniales personales, terminará ubicado junto al resto de la parafernalia indumentaria. Eso sí, unos lo prefieren recogido bajo la taleguilla; en tanto otros, lo quieren desparramado a modo de manto protector, cobijando con sus poderes el atavío, y a quien lo ha de portar. Yo, en cambio, prefería dejarlo en el armario, plegado y enfundado, para no ver malgastadas sus virtudes de talismán.

Ya en la plaza; recuerdo - y, esto no es más que una experiencia personal - quizás, con una intensidad exagerada, el momento de liarme el capote. Era justo unos minutos antes de oír el clarín anunciando el comienzo (lo más parecido al toque de carga en las batallas, y tras el cual no hay sitio para los cobardes, ni los pusilánimes). Sin duda, este era el cenit, el instante más tenso del día. No dejaba de ser el embarque a un viaje sin retorno, o cuanto menos, sin rumbo preciso. No obstante, y pese a tanta crispación interior, era también ahí donde comenzaba la inversión de sinergias. El retorno a la serenidad es otra de las indulgentes terapias del capote. A ello contribuía el mero hecho de

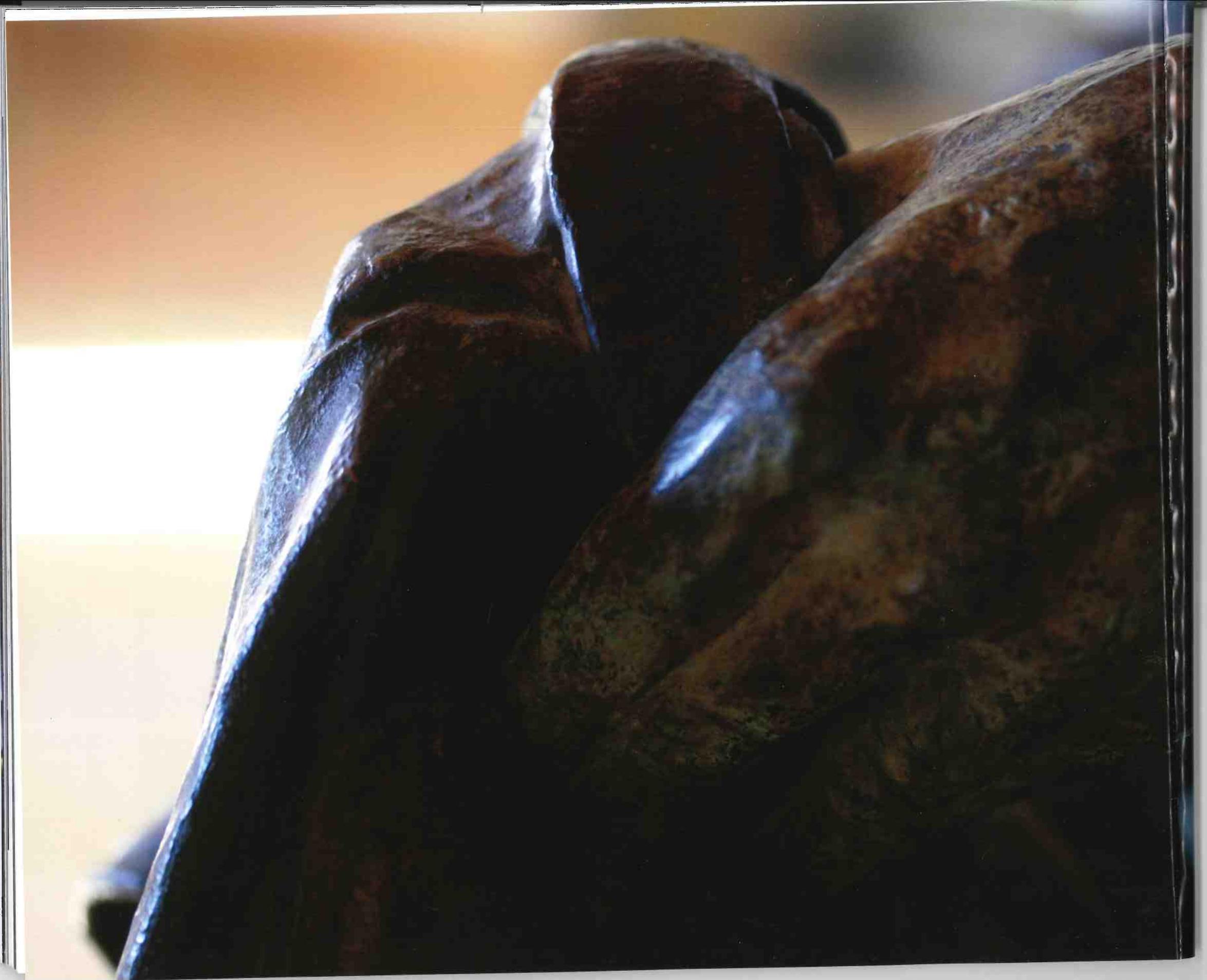
tener que desviar la atención hacia la sencilla operación de fruncir los vuelos hasta convertirlos en un perfecto plisado. Luego, es preciso ceñirlo al cuerpo, cuidando siempre de someter a pulcra simetría las partes, los picos, los bordados y cómo no, la esclavina.

Una vez liado reparas en que la soledad del torero comienza, precisamente, cuando has terminado de cerrar sobre ti el último dobléz y te descubres "dentro". Porque "fuera" queda el mundo con su bullicio y la convicción de que los toreros traen consigo la revelación de un misterio; él de la tauromaquia. Dentro: tú en plena introspección; sintiendo y ordenando pulsaciones, sentimientos; aforando dudas, presagios o barruntos, en un sereno ejercicio de desahucio, para deshabitar, de este interior, todo aquello que no sea elocuentemente inspirador.

En la escasa distancia del trayecto que separa una barrera de otra, el paseo de las cuadrillas pone fin al límite de las gracias feéricas del capote de paseo. Antes de desprendernos de él, se hace imprescindible abandonar entre sus vuelos y pasamanería la rémora de inseguridades, temores e incertidumbres que nos ha venido royendo el ánimo hasta este crucial instante. Como la crisálida que se desentiende de la protección del capullo, entregada a la fe que le concede la seguridad de sus alas, al torero le toca elevar vuelo. No sin antes haber reconocido en el tendido a la persona digna de ser ornada, en su barrera, con este seductor y milagroso paño.

Cambiar un capote por otro es pasar de los entes celestiales a las criaturas terrenales; de la esfera del espíritu al pragmatismo de lo orgánico; de lo imaginado a lo real; en definitiva, de la intención a la acción. Desprenderte del primero es renuncia al ruego; asir el otro, presupone la certeza de resolver cuanto traiga la tarde de imprevisto, de sorpresa, incluso, de contradictorio. El tosco tacto de la lona me devuelve

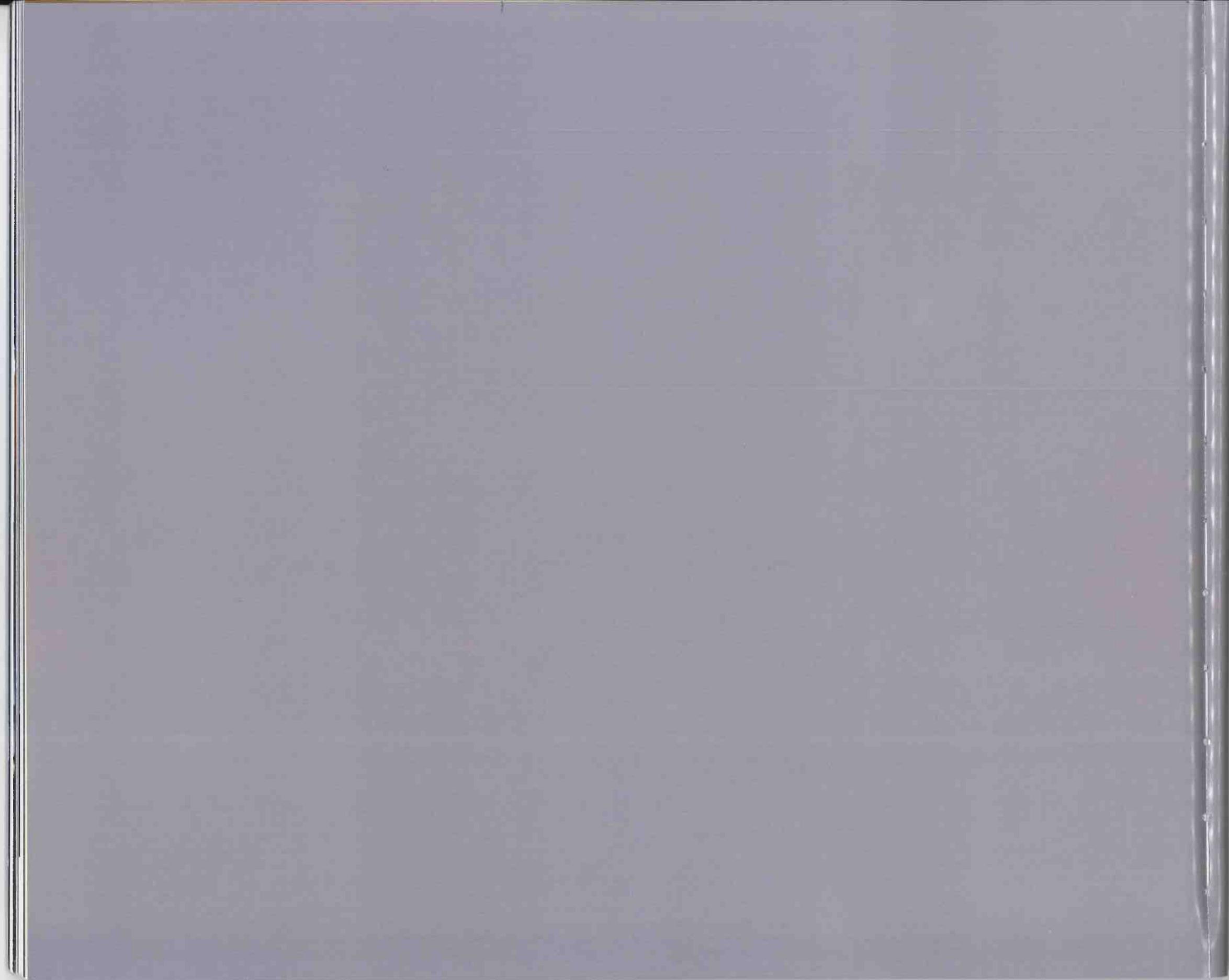




al presente; la fe ha pasado de estar depositada en fantásticas energías, a depender absolutamente de mis capacidades. En el hombro rogaba un "quiero", desplegado entre las manos se torna en "puedo".

Quizás a la mayoría de los aficionados les pase inadvertido este juego de dualidades y simbolismos; este latido interior confirmando la existencia de flujos, atracciones, pulsiones, fuerzas y energías, operando en la psique de quienes sobre el hombro pasean la magia de un capote de paseo. O aquellos otros que, con el de brega han logrado materializar esa luminosa idea llamada "inspiración"; que no es sino una exteriorización del mundo interior del artista, un jirón, en definitiva, de su alma. Esto, puede haber escapado a la sensibilidad de ciertos aficionados; Pero no a la de mi amigo Lorenzo Quinn. Cuando quise regalarle el capote con el cual habíamos realizado las sesiones de posado para su escultura (precisamente la que ustedes tienen la oportunidad de admirar con motivo de esta exposición), me confesó: "No. No puedo aceptar algo que percibo vivo; no voy a condenarlo a la clausura de una vitrina, ni mucho menos permitiría dejarlo al albur de los curiosos. Guárdatelo. Me impresiona sobremanera."

Luis Francisco Esplá



BARRERAS CON ARTE

LORCA EN MI CAPOTE

Hasta el instante de enfundarse en él, momentos antes de iniciar el paseíllo, suele permanecer plegado en el brazo del diestro o en el de uno de sus banderilleros, lo que puede llevarnos a pensar erróneamente que esta prenda tan vistosa y en la mayoría de ocasiones ricamente ornamentada, apenas luce unos segundos; tan solo el tiempo que tardan las cuadrillas en hacer su presentación en el ruedo. Pero esto no es así del todo, sino más bien lo contrario: es en ese momento cuando comienza a cobrar todo su protagonismo y relieve, pues desde que se cambia su seda por el percal y hasta que acabe el festejo, permanecerá expuesto en el antepecho de las localidades de barrera primera fila, transformándolo así en efímera galería de arte.

De las numerosas piezas que forman parte de los complementos en la vestimenta de un diestro, es una de las que posee un carácter más particular y exclusivo. Tanto que, en muchos eventos se ofrece como apreciado trofeo para el triunfador y en otras circunstancias, constituye un obsequio muy personal. En ocasiones, sus adornos son sencillos, sobrios, escuetos y austeros. O, al contrario, pues muchas otras veces la complejidad de su bordado puede discurrir entre temas de naturaleza alegórica, emblemática, simbólica o representativa, e incluso todo a un tiempo. Precisamente, así quise que fuese este capote de paseo del que, a continuación, describo alguno de sus pormenores.



"En el principio...", sobre raso azul celeste, en la parte central de la esclavina, enmarcado por el Sol de la Ciudad, el Ojo de la Providencia, dentro de un triángulo, la Santísima Trinidad, omnipotencia divina y vigilante de la Creación. Abajo, en el centro, clausurando el capote, un Ave María sin coronar, pilar de todo lo representado. Entre ambos, Lorca. Diferentes imágenes rememoran el devenir de la Historia en la comarca y algunos de sus símbolos. Orlando la esclavina, escrita con letras invertidas, la primera leyenda del escudo de Lorca: *Lorca solum gratum* (Lorca de suelo agradable). De la segunda leyenda, el castillo, uno de los más grandes de España, con las torres Alfonsina y del Espolón. Se yergue sobre la imagen central del bordado, como si, desde su dominante situación, tutelara el día a día de la ciudad: *Castrum super astra locatum* (De castillos encumbrados). En uno y otro lado del tercio superior, la representación de las dos últimas leyendas, la espada y la llave: *Ensis minans pravis* (Espada contra malvados) *Regnis tutissima clavis* (Del reino segura llave)

A la hora de liarse en el capote para hacer el paseíllo, ambos iconos quedan colocados en sus extremos y mirando hacia arriba, del mismo modo que en el escudo de Lorca donde, de forma gráfica e independiente, también figuran. En la falda del castillo, una tricotomía: el agua, generalmente fuente de vida; otras veces no tanto, el árido suelo y la huerta fértil. A la izquierda del conjunto principal de imágenes, emplazado en un vergel de la vega lorquina, el convento franciscano, en donde se venera a la actual patrona de la ciudad, Nuestra Señora la Real de las Huertas.

En otro sector del bordado, sobre caballo blanco pasante, enjaezado al uso, el todavía infante Alfonso. Llegó por primera vez a Lorca en 1244, anexionándola a la corona de su padre Fernando III. En el año 1252, sería entronizado como Alfonso X de Castilla y León. Viste almófar, casco, cubrenuca, peto, espaldar, volante, hombreras, guardabrazos, sobaqueras, codales, brazales, cangrejos, bufas, quijotes, rodilleras, grebas, grebones y esarpes. Porta, sin guanteletes, enseña medieval cuartelada en cruz, montada sobre asta con cimera en punta de lanza. Ornan el primer y cuarto cuartel, respectivamente, castillo y león rampante dorado.

En un lateral, dos piezas cerámicas, jofaina y jarrón, evocan restos arqueológicos de los primeros asentamientos humanos en la zona, que se remontan al Neolítico Final y una primigenia cultura argárica, en la Edad del Bronce. En la otra banda, un cassis, casco romano de tribuno o legado, luciendo penacho longitudinal de color rojo. En segundo término, una espada corta. Ocupando otro espacio, la parte inferior de una columna de piedra. Está dotada de estilóbato, toro y fuste cilíndrico liso con tres tambores completos y un cuarto, el superior, fracturado e incompleto. Junto a ella, un pendón carmesí, con cuarto de luna plateada, montado sobre lanza artesana. Dos broqueles descansan en la base del conjunto. En oro, numerosos zarcillos de acanto orlan y abrazan esta obra, formando un marco en el que sus adornos de seda alternan el color azul y rosa. En el cuello de la pieza, figura mi nombre artístico: "Pepín Jiménez"

Dado el particular carácter del capote y su especial valor sentimental, me ha acompañado en fechas muy señaladas y significativas en mi trayectoria profesional y vital. Entre ellas está la de su estreno, el día de mi alternativa, en Murcia; la presentación, como matador de toros, en Lorca; o la confirmación, en Madrid y la tradicional Corrida de Beneficencia, también en Las Ventas, presidida por su Majestad el rey Juan Carlos I. Especialmente importantes fueron los días de bautizo de mis hijos Crisanto y Pedro Enrique ya que, bajo la imagen de Nuestra Señora la Real de las Huertas, fueron arropados en este capote mientras recibían las aguas bautismales.

Agradezco a todas las personas que de algún modo colaboraron e hicieron posible su confección y, aunque yo esboqué toda la iconografía y elementos que aparecen representados en él, fueron ellas las que con su diferente esfuerzo, gusto y trabajo consiguieron, bajo la magistral dirección artística de D. Joaquín Gimeno Mouliá, que acabase siendo lo que es, una brillantísima obra bordada en seda y oro, que durante mucho tiempo lució en paseillos o barreras y que hoy guardo con cariño, en recuerdo de mi paso por el toreo.

Pepín Jiménez



TESTIGOS DE UN BAILE DE TELA Y MUÑECA

Un hombre de plata arroja papelillos en el aire. Hace tanto calor que hasta parece que estallarán como palomitas. El viento, cuando sopla, vuelve el aire flojo y caldoso. La plaza entera se abanica, como si aplaudiera para llevarle la contraria al sol. Mis compañeros de tendido llegan algo más tarde que yo; minutos antes del paseillo de los alguacillos. Nos saludamos, como si fuésemos parientes. A Javier, el que fuma y ha leído todo el policiaco publicado en español por Alfaguara, le gusta el libro que acabo de cerrar sobre mi regazo. ¡Hombre, Loriga!, exclama. Pero vamos justos de tiempo para compartir lecturas. En la décimo cuarta de San Isidro, el cartel enchufa corriente a los que esperamos sentados sobre la piedra. Desplegados en la barandilla del tendido, los capotes de paseo, ahora extendidos, brillan como el agua lamida por el sol.

Tobillita, un salinero de Núñez del Cuvillo, trota albino sobre la arena. Un toro claro, como boa desteñida recién salida de toriles. Veo a Juan Bautista, con esas piernas combadas que a mí me parecen a punto de quebrarse. El francés refulge como un canutillo en los medios. Algo me distrae, porque capote y picador sobrevienen como un parpadeo. El siete pitorrea, como siempre. Miro la cruceta del hombre a caballo. Presencio el castigo, sin dolerme. La sangre que mana del lomo de Tobillita es más roja que la de un Ribera; es el pelo sin color del lomo, que todo lo amplifica. Justo entonces aparece Talavante, el hombre que torea en endecasílabos, y que aparece para hacer un quite. Dos, tres, cuatro chicuelinas. Y esa cara de cuchillo del extremeño. La mucha mandíbula cortando la fruta de la tarde con el filo de una tela. La faena del primero de Juan Bautista viene a menos, como una pólvora despilfarrada. No la recuerdo. No me entero. No rima. No me habla en verso. Yo, claro, he venido por el extremeño.

Mientras apuntillan a Tobillita, sigo a Talavante con la mirada. El diestro salta sobre un adoquín del callejón.

Se retuerce como un tornillo vestido de seda. Apunto en mi libreta cosas que no sirven de nada, que explican asuntos que los que están a mi alrededor ya saben de sobra, pero que yo me empeño en comprender. El segundo de la tarde sale de toriles. Pesa 518 kilos. Un jabonero abrochadito de cuernos, como dicen los que saben. ¡Ay!, palmas de tango. Que el toro no gusta. Y yo sin saber muy bien por qué. Pero apunto, como si eso me diera luces en esta tarde caldosa, que arde como un puchero de enero.

El segundo astado da un paseillo inapetente por el ruedo. Talavante, hombre alambre, recibe con un capote sin arrugas, como si el miedo almidonara aún más esa lona. Con ese movimiento lento, el baile de tela y muñeca, Talavante tantea, olisquea con telas las intenciones de un animal. "Talavante: eres grande, grande, grande", grita un hombre que sigue al matador allá adonde vaya. Bonita fe la de quienes gritan al viento verdades casi científicas. La tela dorada se levanta en el aire, como un nuevo sol que ilumina el ruedo. "Entre Talavante y el toro no cabe el pelo de una gamba, y mira que son finos", dirán los del tendido al arrancar la faena de muleta.

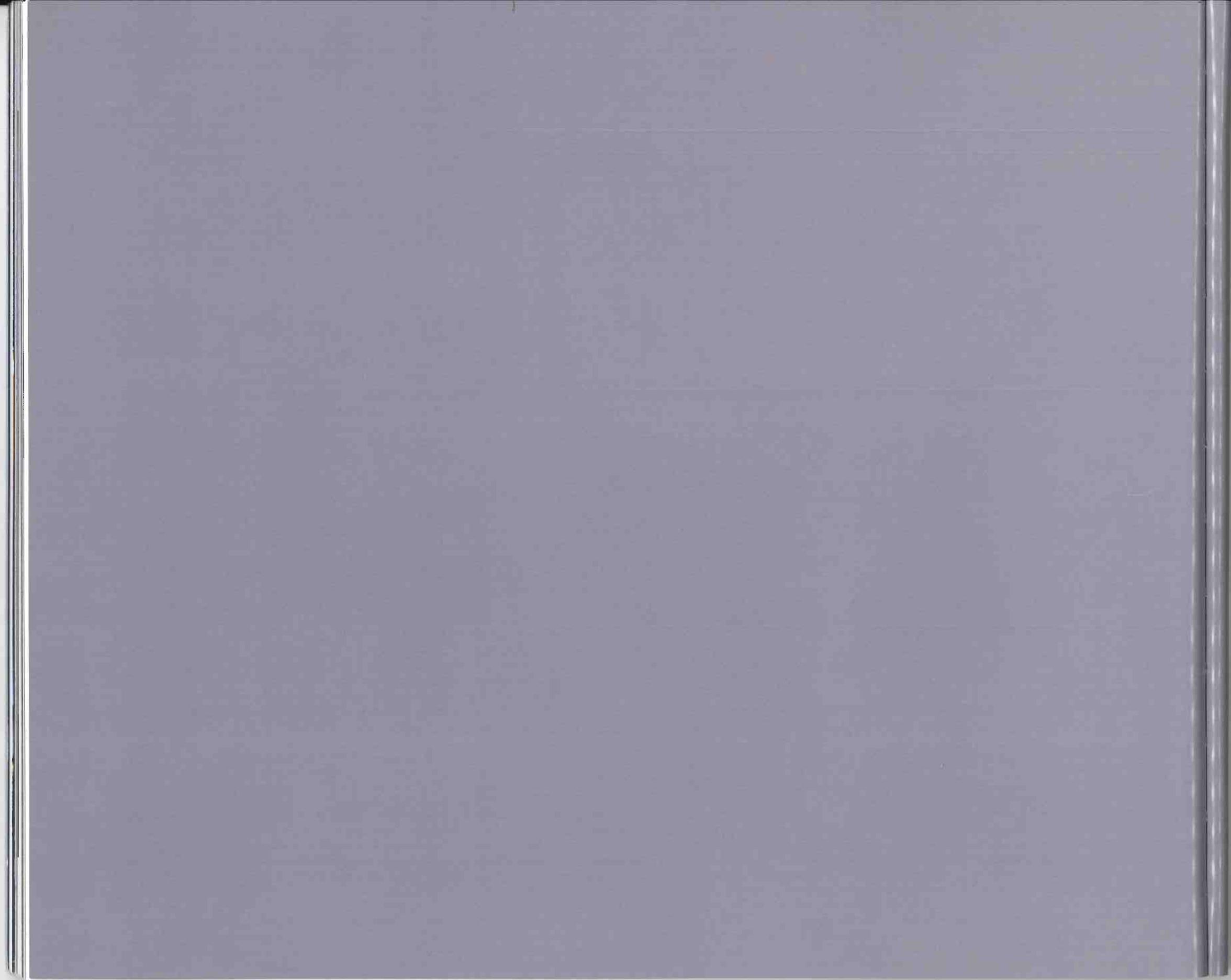
La tarde acelera y demora. Se muestra hecha de la verdad con la que se arropan los matadores para pisar el albero y que ahora veo, desplegados como banderas. Parecen el testimonio de una certeza que, a mí, a veces, me queda muy lejana y que Talavante sujeta con el pulso de los que viajan hacia la muerte y regresan de ella. Entran los picadores y las banderillas. La tragedia merodea la plaza con ese viento hermoso que despeina la muleta. La primera tanda de pases de Talavante con la izquierda -enguantada de negro, por esa férula que luce el matador de un tiempo para acá - , resulta untuosa. En la segunda, el toro avisa: irá a por él. Ole, Ole, Ole. La plaza baila como la sopa al son de una cuchara. El agua en la que algo guisa a los corazones exhaustos. Fue ahí cuando el Cuvillo

prendió a Talavante y le hincó el pitón. Se negó el matador a ir a la enfermería. Y así como un Cristo que cumple su pasión vestido de canutillos, Talavante completó la faena como el mismísimo Gran Poder. La sangre le llegaba a la manoletina, tiñéndole la media roja de pura borgoña. Iba ya pálido el torero cuando entró a matar. Lo demás no lo recuerdo. Acaso ese mar de tela blanca de quienes pedían para Talavante una oreja mientras, a lo lejos, los capotes de paseo, brillaban sobre el tendido.

Veo el mundo desde mi localidad y pienso, acaso, que mi desesperación no llegará a ser jamás así. Vestiré las ropas ásperas de los días sucios, o acaso el uniforme de una guerra interna. Mirando los capotes llego a la certeza de que nada adornará mi vida con las capas fucsias o los ramilletes de verónicas. No vendrá envuelta en un sudario de canutillos, ése que aún brilla en la noche de mi memoria. Ese baile de tela y muñeca que ejecutan los que saben, como Talavante, torear en endecasílabos.

Karina Sainz Borgo





CAPÍTULOS AL ESPORTÓN

ESCLAVINAS DE ⊕RO⊕



Eran tiempos donde no se le ponían puertas al campo de esa libertad de expresión espontánea conocida como apoteosis. Las gentes se lanzaban al ruedo para llevarse al torero, incluso sin haber cortado orejas. La emoción y el verdadero triunfo no era cosa de estadísticas sino de sensaciones. Pequeños y mayores, señores con corbata y paisanos con zapatillas arropaban al ídolo. Así eran las salidas a hombros, todavía sin costaleros "oficializados". El primero que llegaba con fuerzas aupaba las lentejuelas para situar al torero más cerca de ese cielo que rozaba con los dedos.

Hoy las abundantes salidas a hombros sin más compañía que la cuadrilla y el "capitalista" de propina más que irradiar la felicidad de la gloria transpiran la tristeza de la soledad. Entre la autoridad que unas veces lo impide y la pérdida de pasión otras, han logrado que una capa de hielo envuelva lo que debería ser fuego. En México la autoridad no suele echar el candado a las puertas que dan acceso al ruedo cuando el último toro ha doblado. Gracias a ello la sangre de tequila y picante que corre por las venas de ese pueblo de contrastes únicos permite que los toreros todavía sean elevados por una pasión que entremezcla el orgullo de portar al mito con el halago de agradecimiento más expresivo por lo regalado.

Cuando se torea como los ángeles lo más adecuado es que el artista se sienta ángel, de ahí que haya que alzarlo. Mexicano tenía que ser uno de esos toreros irrepetibles por singulares. "Rey David" le llamaban, Silveti se apellidaba. Hijo del "Tigrillo" y nieto del "Tigre de Guanajuato" él era distinto. Sus muñecas han quedado como referencia ahora que youtube permite contemplarlo una y otra vez acariciando más que toreando a "Mar de Nubes", toro de Fernando de la Mora. Torero de faenas imborrables blindadas en la herencia del boca a boca de los aficionados. Hijo del cuerpo se nos fue muy pronto por decisión suya. Lo conocí a mediados de los años ochenta cuando llegó a España, supe de sus sacrificios para superar las limitaciones de un cuerpo extremadamente castigado donde sus piernas ya no le respondían como el alma y percibí enseguida que estaba ante un ser mágico forjado en roca y seda. Tenía una áurea especialmente perceptible en esas salidas apoteósicas con el oro del capote sobre los hombros. Era como ver procesionar una imagen en plena Semana Santa. Venerado, le aclamaban sin apenas tocarle, acariciando al ídolo como él hacía con las embestidas de tantos bravos. Ese manto de brillos bordados imponía respeto a los impulsos del pueblo. Hasta conocer al "Rey David" no

recordaba muchas fotos o imágenes de toreros de esa guisa en el final más soñado. Sí había, y hay, toreros que nunca prescindieron del detalle de buena educación taurina que supone dar la vuelta al ruedo en hombros con prenda tan preciada plegada en un brazo para luego dejarlo antes de acceder al exterior, por recomendable lógica, en manos de un banderillero antes de que sea camino de perdición. El gran Silveti fue capaz de poner su último toque de enorme personalidad en esos finales felices los días en que no sólo toreaba como los ángeles, sino que lo hacía como Dios. Con el torero de las muñecas de seda el capote de paseo lo era de entrada y de salida, de aquí estoy yo y de así soy yo. Un capote que lo arrojaba ante la incertidumbre primero y en la feliz realidad de la salida de la plaza después. Hoy su hijo Diego mantiene el ritual para prolongar la memoria eterna del padre Rey. Y es que el capote de paseo nos dice más de lo que podemos pensar como complemento torero cargado de mensajes.

Entre los recuerdos de la niñez que guardo en el disco duro de la memoria, tengo aquellos días en que mi padre llegaba con las revistas taurinas, en especial El Ruedo y Dígame, dos publicaciones de referencia. Confieso que siempre escogía de entrada la segunda dirigida por Ricardo García K-Hito, el mismo que bautizó a "Manolete" como "el monstruo". Ingenioso, brillante y gran caricaturista, el escritor y periodista de Villanueva del Arzobispo daba forma a aquel semanario que solapaba toros y espectáculos. Había una razón que me llevaba a tener esa preferencia: los tres toreros que el domingo habían toreado en Las Ventas en la foto del patio de cuadrillas. Uno de esos momentos clásicos inmortalizados que se han perdido entre las costumbres del toreo, la del posado de los protagonistas de la tarde. Ahora en esos rincones de la espera prima más la distancia que la cercanía, el cada uno por su lado, y ello nos priva de archivar instantes del toreo, justo el que detiene a la terna en el tiempo antes de dar el primer paso para pisar la arena. De aquellas fotos de "Dígame" me fijaba en todo. En los bordados, en los tipos de alamares, en hombrillos y machos, en las pañoletas, en la tonalidad de las sedas escondidas por el blanco y negro del papel y en las caras de los toreros. Unos mirando a cámara, otros hacia el cielo, a un lado

o cabizbajos. Rostros de preocupación maquillados por una sonrisa forzada o tensos gestos de quienes eran conscientes de lo que se jugaban. Y claro, cómo no, me embaucaban los capotes de paseo. Observando el semanario de K-Hito aprendí de detectar contornos de torería. La mayoría de los toreros salían con los capotes doblados sobre unos brazos cuyas manos se juntaban en la montera; otros, con una postura más desenfadada, los dejaban caer sobre los alamares de la manga derecha mientras la zurda quedaba libre a la altura de la cadera o con los dedos extendidos sobre el nacimiento de la banda del bordado de la taleguilla. Y tampoco faltaban los que lucían los forros del plegado capote apoyado en una hombrera. Pero si había algo que me deslumbraba era ver a Antonio Bienvenida con el oro de la esclavina visible tomada con gran delicadeza. Era diferente al resto, enseñaba el bordado que lanzaba brillos. Ahí había un torero que desprendía la luminosidad de todo guardián del rito desde que entraba en la plaza. A veces, esas instantáneas del patio de cuadrillas se habían recogido pocos minutos antes de empezar la corrida razón por la cual la terna ya aparecía con los capotes liados. También detectaba diferencias en las envolturas y en el modo de agarrar la fusión de pliegues. Si aquello me llamaba la atención en "Dígame" años después me sorprendí al tropezarme en un número de la maravillosa "Sol y Sombra" de finales del XIX con una foto en un paseillo de un festival en el que los toreros también llevan capotes de paseo. Entiendo que era para significar su categoría como matadores de toros ya que no podían lucir en los trajes cortos esos "galones" de jerarquía.

Contemplando tantas y tantas fotos desarrollé un aprendizaje intuitivo que me ha servido para nada más ver a un torero en un patio de cuadrillas o iniciar el paseillo detectar su implicación con el ritual y la torería que les diferencia de cualquiera de los mortales. Por ello, David Silveti y Antonio Bienvenida se han quedado en el club restringido de los inmortales. Bastaba con verles con un capote de paseo ya fuera antes o después.

Federico Arnás

LA VIDA ENTRE LOS PLIEGUES

Te veo allí, a lo lejos. Es difícil distinguir tu figura entre tanta gente. Hace apenas un par de horas formábamos entre los dos una piel hecha de ilusión y miedo, de incertidumbre y valor, pero parece que se ha desbocado una vida entera entre ese momento y el ahora que tanto tú como yo soñamos con los ojos bien abiertos para que se haga eterno.

Te confieso que a veces me gustaría poder cruzar contigo ese umbral que tanto anhelas. Piénsalo: siempre vivimos juntos las horas más negras, esas en las que parece que el reloj no corre, que no existe el futuro y que la angustia despedaza el presente hasta convertirlo en una sucesión de cristales clavados en el alma. Te miro mirarme y soy capaz de avistar tu valor sin límites en el fondo de esas pupilas que el miedo ha dilatado. Y luego, cuando sólo unos pasos te separan de la arena en la que se decidirá tu suerte, buscas mi abrazo, el calor inexistente de la seda cuando todo tu cuerpo se siente aterido ante la inmensidad de tu incertidumbre.

Cuando acaba tu soledad es el momento en que comienza mi calvario. Cuando te desprendes de mi abrigo en las tablas y tu fiel mozo de espadas me lleva hacia la barrera que has elegido para que yo luzca imponente. Y tengo que mantener mi elegancia, el color de mis bordados. He de brillar y hacer de mi suavidad sonrisa, pero te veo a lo lejos y siento tu corazón como una bomba; la respiración que no te llega; la boca, seca, lija.

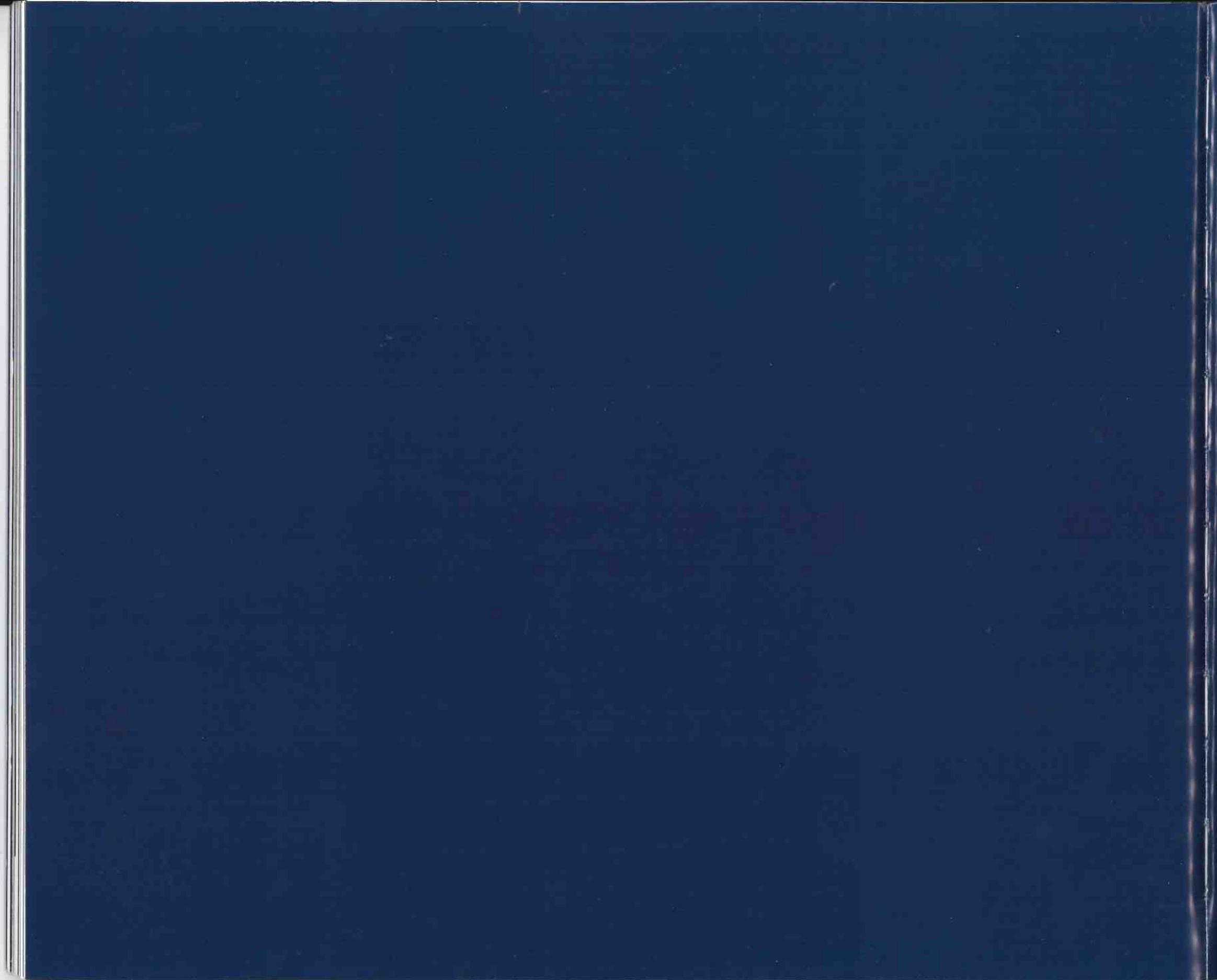
Y ya no puedo ofrecerte mi cobijo. En realidad, espero que esta tarde no vuelvas a tocarme. Aunque me cueste. Pero sacrificar tu caricia será señal de que te zarandean en el camino hacia la gloria. Prefiero no pensar en una pesadilla que huele a cloroformo. Que de esas soledades también hemos vivido unas cuantas, y siento como si todas las agujas que han bordado mi ser fueran puñales clavados en tus sueños.

Otras veces, sin heridas, también pasa. Cuando pasa que no pasa nada. Y me recoges, plegado, con mi color y mi oro vuelto hacia dentro. Quiero entonces consolarte, pero siento en tus manos el sudor frío que quema las cicatrices del alma y sé que, en el fondo, el mayor consuelo es estar. Andar de nuevo, seguir. Caminar.

Yo pronto volveré al esportón. No sé cuándo volveré a verte. Créeme: todas las noches rezo al Cristo que pediste dar vida en mi espalda para ser yo el elegido. No siempre lo logro. Pero, mientras espero, cultivo el color de tus sueños, esos que con tanta pasión bordaron sobre mi piel cuando yo solo existía en tus deseos. Y doy gracias por mi suerte. Porque nunca un pedazo de seda adornado con hilos de oro pudo soñar sentir la vida latir entre sus pliegues.

Noelia Jiménez





ARTE EN SEDA
Y FUENTE DE
INSPIRACIÓN PARA LA
CREACIÓN ARTÍSTICA

EL TØREØ Y EL BØRDADØ: PATRIMØNIØ CULTURAL INMATERIAL



La exposición "El rito en los vuelos del capote" es una excelente oportunidad para apreciar la naturaleza de la prenda más especial de la vestimenta de los toreros y los vínculos y las raíces comunes de dos Artes - el arte del toreo y el arte del bordado - que gozan de honda huella en la Región de Murcia. Estas expresiones artísticas y rituales que los jóvenes han heredado de generaciones anteriores, entran de lleno en el marco que la UNESCO define como patrimonio cultural inmaterial (PCI). En la lógica de la UNESCO, un patrimonio cultural es una realidad a partir del momento en que está reconocido como tal por una comunidad humana. Esto supone que esta comunidad considere que dicho patrimonio pertenece a su memoria colectiva y constituye una herencia que conserva toda su vigencia en el presente. Por eso mismo, en la Convención del 17 de octubre de 2003 para la salvaguarda del patrimonio cultural inmaterial, la UNESCO marca como condición previa para cualquier reconocimiento que haya una clara prueba de adhesión de un grupo humano o comunidad, a nivel local, nacional o incluso internacional, al

elemento que se quiere considerar como patrimonio. Cuando uno lee los cinco criterios mencionados en el artículo 2 de dicha Convención para precisar lo que se entiende por patrimonio cultural inmaterial, comprueba muy rápidamente que la Fiesta de los toros es una de las muy pocas expresiones que cumplen con el conjunto de estos cinco criterios.

En primer lugar es *un arte del espectáculo*. Yo diría que es el espectáculo por antonomasia, pues conjuga los dos elementos fundamentales y antagónicos que lo definen: el marco preciso (los tres espacios del ruedo, los tres tercios de la corrida y los minutos contados para consumir la suerte suprema) y por otro lado, dentro de las reglas y de las suertes esperadas, todo se desarrolla de forma efímera e imprevisible. Este contrapunto artístico confiere al toreo una dimensión humana muy emocionante.

Segundo criterio: el elemento debe referirse, según reza el texto de la Convención, a *prácticas sociales, rituales, a acontecimientos festivos*. La aplicación de este criterio a la corrida es tan obvia que no hace falta extenderse. Aparte de las reglas que rigen el desarrollo del espectáculo, pensemos en todos los gestos y actos que marcan su carácter de ceremonia y de rito: la salida al ruedo con el capote de paseo liado y el saludo a la autoridad, para después, como dice el lenguaje taurino, también ritual, "cambiar la seda por el percal"; el beso del torero al vaso de plata antes de tomar los trastos, el brindis, todas las actitudes que sustentan los remates y los desplantes y, por parte del público, todas sus reacciones también enmarcadas en el rito, empezando por el *ole*, signo tangible de la comunión social, de la emoción de cada espectador, acrecentada por la emoción de los demás ante la irrupción de la belleza.

Tercer criterio: *los quehaceres relacionados con la artesanía tradicional*. Podemos pensar en todo, las herramientas o las prendas de torear. En el campo, el

manejo de los caballos y de los bueyes y por supuesto del ganado bravo. Merece un aparte el capote de paseo con sus bordados tan finos, elaborados cuidadosamente con sabidurías manuales multiseculares, cuyas ornamentaciones o dibujos expresan la sensibilidad particular del torero, sus devociones o sus raíces.

Cuarto criterio: *los conocimientos en relación con la naturaleza y el universo*. Ahí radica el más grave malentendido que tenemos con los autodenominados ecologistas. La permanencia de la Fiesta condiciona la preservación de un patrimonio genético sin igual, el de los diferentes encastes del toro de lidia. Y hablo de patrimonio en todos los sentidos de este concepto porque el toro bravo es la obra maestra de una alianza entre la naturaleza - sustentada en la condición inicial de este bovino salvaje, radicado en estas tierras desde la prehistoria - y, por otra parte, la cultura; me refiero a la selección minuciosa llevada a cabo por cada ganadero en función de sus criterios propios y de la evolución del espectáculo. A todo esto conviene añadir las reservas ecológicas excepcionales de flora y fauna salvajes que constituyen las dehesas. Pero, quedándome un instante más en este cuarto criterio marcado por la convención de la UNESCO, yo diría que toda la sabiduría del torero - como muy bien lo ha explicado tantas veces el maestro Luis Francisco Esplá - se resume en el intento de adentrarse en el toro, de descubrir y aprovechar todas sus potencialidades, de revelarlo en resumidas cuentas, al mismo tiempo que los aficionados debemos entender lo que hace el torero con ese toro, y por qué lo hace. Todos estamos llamados a penetrar con el máximo respeto esta expresión suprema de la animalidad no domesticada que es el toro bravo.

He dejado como último el quinto criterio - tal vez el más determinante - que el texto de la UNESCO coloca en primerísimo lugar: *las tradiciones y expresiones orales*. Consideremos todo este tesoro de recuerdos, anécdotas, preceptos, sentencias que constituyen la memoria del toreo, una memoria colectiva que los aficionados se transmiten unos a otros, y que cada uno enriquece con el granito de su memoria individual. En definitiva, podemos afirmar que la Fiesta de los

Toros, con todos sus elementos naturales y culturales, es un patrimonio por tres razones fundamentales: 1) corresponde plenamente, y de forma indiscutible, a la definición que la UNESCO da del patrimonio cultural inmaterial; 2) tiene una larga historia y una vigencia comprobada en España, en el sur de Francia, en Portugal y en cinco países hispanoamericanos; y 3) la vigencia de esta tradición es tanto más conmovedora y digna de ser mantenida porque encierra un trasfondo milenario, común a las principales expresiones de la cultura mediterránea: la lucha de la espiritualidad contra la irracionalidad; la catarsis en las cercanías de la muerte; al fin y al cabo la victoria de la luz de la razón y de la belleza sobre todas las sombras de nuestro destino mortal.

Todas estas consideraciones justifican ampliamente que se intente consagrar la dimensión cultural de la Fiesta como patrimonio inmaterial, apoyándonos en la Convención de 2003 de la UNESCO. Lo mismo sucede con el arte del bordado. Esta tradición artística cumple con las dos condiciones transversales marcadas por la convención de la UNESCO para reconocer este tipo de patrimonio. La técnica del bordado es fruto de un trabajo debido a una "transmisión de generación a generación" (así reza el texto de la Convención), lo que define una comunidad no solamente en el espacio, sino también en el tiempo. Las bordadoras y los diseñadores artísticos han aprendido su oficio de sus mayores. Esta herencia no impide, sino todo lo contrario, que se produzca una constante renovación de esta tradición artística, segunda condición marcada por la convención para considerar que un patrimonio sigue vigente. El año pasado tuve la oportunidad de conocer la inmensa tradición del bordado erudito de la Ciudad del Sol con motivo de la exposición "De seda y oro, plata, óleo o azabache... capotes con historia" en el Museo Azul de la Semana Santa de Lorca. Aquella muestra, igualmente comisariada con mimo por la doctora María Verónica de Haro, me permitió comprobar la historia, y por lo tanto también la evolución, de esta artesanía que no debiera desaparecer y que debemos esforzarnos en preservar.

François Zumbiehl



PASEÍLLO ⊕ P ⊕ P

El hombre, aficionado a perfeccionarse, a veces oculta sus conflictos internos embelleciéndolos por medio del arte, de la fiesta o de la historia, por eso es difícil revelar la verdadera naturaleza del drama que se vive en la plaza de toros. Podría decirse que el torero pisa la arena del coso taurino en defensa de la fortuna del mundo, pues, después del paseíllo, cambia su capote verde, dorado y azul, por la muleta roja, atrae al animal salvaje y, con el estoque, libera la Tierra de influencias malignas. Pero, lo que vemos en la plaza es la recreación de un combate mitológico, pagano y místico, en el que el sol, artífice de la luz, personificado en el torero, lucha por sus derechos legítimos. En el ruedo aún flota el combate primigenio, donde los elegidos, bañados de oro, sueñan con alcanzar la inmortalidad a través del sacrificio. ¿Acaso el toro bravo no sugiere la presencia del toro babilónico de la Puerta de Ishtar, la presencia de Apis, hijo de Osiris, o la presencia del mismísimo Zeus transformado en Tauro?

Solemos usar el ritual de la lidia y el ritual de la cerámica con fines prácticos y mágicos. En la obra, titulada "Paseíllo pop", me aparto del tentador pasado e introduzco una nueva simbología, para, a mi manera, hacer inteligible la lidia: Ahora, en la arena esmaltada del ruedo, un par de toreros, estilizados y geométricos, se presentan al público, momentos antes del encuentro con el toro coronado por la luna creciente. Uno se cubre con la montera y otro la lleva en la mano, pero ambos afrontan con respeto lo que está a punto de suceder. Los fantásticos personajes avanzan con temple y visten trajes de color negro manganeso. Van a luchar contra las fuerzas del caos, y saben que los misterios de la luna los pueden cegar; por eso tienen cuerpo de escalera sinuosa y portan un capote que es una red, para lograr subir al cosmos y atrapar la luz de la luna. Pero la luz escapa de sus redes, y con sus artes sólo consiguen dar caza al toro.

Arturo Pérez Martínez



LOS TOREROS "LIADOS" EN CAPOTE, DE JOSÉ HERNÁNDEZ CANO

Usando el arte para su gusto figurativo, Hernández Cano construyó una obra de piezas y figuras alargadas, como las estilizadas figuras de los toreros de bronce con capote de paseo que forman parte de la exposición "El rito en los vuelos del capote".

José Hernández Cano, Pepe "El Largo", como le llamábamos los amigos por su aspecto físico - alto y muy delgado cuando era joven - hizo un grupo importante de tema taurino, que expuso con el nombre de "Toreros" en el Real Club Taurino de Murcia hace años. Me resulta especialmente significativo que, aun no siendo partidario de las corridas que ofrecen la muerte del toro, el escultor sintió fascinación por la figura del torero.

Amante de lo sencillo y de la naturaleza, aspectos estos que vemos reflejados en sus obras, destacando en los materiales que usaba aquellas formas curvas de las figuras, sobre todo en piedra, mármol y bronce, ya que no señalaba destacando rectilíneas en sus trabajos ni en materiales. Y nos extrañaba que aquel hombre fuerte y grande tuviera aquellas manos para dejarnos una obra elegante y precisa, nada tosca ni derramada - tratara la materia que tratara - sino siempre ajustada a una realidad casi poética, sobre todo en los desnudos.

En las obras que presentamos en esta ocasión podemos advertir que la materia, el bronce, a través de los ojos y las manos del escultor, se torna torera desde una posición de delicadísima delgadez visible en el estudio dedicado al capote en el que se percibe su gran admiración al torero Rafael De Paula.

Recuerdo de él, siempre y sobre todo, lo buena persona que era José Hernández Cano. Los veranos recogía a otros amigos en su casa del Puerto de Mazarrón. Uno de ellos fue el pintor José María Párraga (ahora recuerdo cuando un año buscamos cajas viejas de pescado para una exposición que hizo el pintor murciano en la

discoteca Zaira). También viene a mi memoria el libro que hizo Hernández Cano sobre pensamientos (todos con un sentido telúrico de la naturaleza y del esplendor de la Murcia árabe), y recuerdo mucho cuando íbamos los domingos de aquellos veranos y desde Mazarrón hasta la casa de Aurelio, que vivía en San Ginés de La Azohía, y allí, con nuestras familias, pasábamos el día y donde María, la esposa de Aurelio tenía preparado todo para un arroz que hacía Pepe, y siempre, antes de partir para el puerto, subíamos al piso de arriba del chalet de Aurelio donde trabajaba sus cuadros, y veíamos las últimas obras. Los últimos que recuerdo fueron de aquellos amarillos refulgentes de su gusto, como el retrato a su hijo Arturo.

Y por allí, en el Puerto de Mazarrón, con Antoñico Segado, que era como un hermano para nosotros, hablábamos hasta las tantas más de lo humano que de lo divino. En este sentido, añadir que Pepe El Largo era agnóstico, rebelde y también muy buena persona y, por lo tanto, buen amigo, que es como ahora pienso en él.

Pedro Guerrero Ruiz



ATRAPAR EL VUELO

Si nos preguntamos "¿Qué es el Arte?" podemos colapsarnos ante el vértigo de semejante reflexión; pero serenando la mente, también podremos encontrar algunas premisas esenciales, que son claves para encauzar el concepto. Expresión, emoción, creación... es incuestionable que habitan en todo hecho artístico. La tauromaquia no solo cumple ese triple precepto, sino que lo rebosa ampliamente. Es un arte donde se dan cita el color, la forma, la danza, la música..., en una liturgia ancestral que nos arraiga a un sentimiento nada banal de pertenencia e identidad.

No es casual que a la figura del torero que en una fugaz "tarde de gloria" expresa, emociona y crea, se le llame "artista". Como tampoco lo es el entendimiento que de este arte han sentido otras disciplinas, fascinadas por tan colosal evento. Y es que ocurre que entre los artistas siempre ha existido una complicidad, un entendimiento sutil, proclive a una recíproca fascinación que ha trazado invisibles líneas cruzadas de atracción, desde tiempos lejanos. Así lo evidencia la música que dialoga con la poesía y viceversa; la arquitectura añorante de la afuncionalidad de la escultura; la escultura que se estructura y rigidiza en geometría arquitectónica o la pintura que sustrae el color y la luz de lo creado. La tauromaquia es un arte de poderoso influjo para otros artistas: poetas, pintores, escultores, cineastas, fotógrafos, músicos, modistos... no han podido escapar a sus portentosos estímulos creativos.

En el siglo XIX con el genio de Goya, el romanticismo y la corriente del pintoresquismo, sientan las bases de la pintura taurina que alumbra obras magistrales de Fortuny, Casas o Sorolla. Y Mariano Benlliure en la escultura. En el siglo XX, artistas de talla descomunal como Pablo Picasso, Manolo Hugué o Ángel Ferrant se declaran con su obra fervientes entusiastas de tan expresivo arte.

Y como muchos otros, ese poderoso influjo también lo he sentido yo. Una telúrica atracción que te empuja a plasmar lo visto, vivido y sentido en forma y volumen. El artista situado en la plaza viene a ser un filtro poroso por dónde se cuelan las imágenes, los gestos y ademanes, la compostura, el color, la luz; la vida y la muerte en una fugaz visión de un arte misterioso y trascendente.

De lo filtrado, de esa experiencia sensitiva que emociona, surge lo creado; la airosa silueta de los alguacilillos a caballo que irrumpen en el albero al son de clarines y timbales anunciando "La Fiesta"; o el torero, coronado con la montera y pertrechado con el más lujoso de sus capotes, que emprende el paseo hacia la meta incierta de una fulgurante tarde de gloria o, quizás, un trágico destino; y ya en la faena, el hombre de luces, la figura, el torero que escudriña al astado para entenderlo y acoplarse a él en sublime danza. Porque color y luz por supuesto, pero en la Fiesta también hay mucho de danza, de medido movimiento, de compás y ritmo, de estructurado tiempo. Son secuencias de una experiencia sentida y vivida que se transmuta en la escultura, en forma fija y estática, que en paradójico anhelo lucha y suspira por atrapar el vuelo.

Lola Arcas



CAMPILLO: LA TORERÍA, DEL BARRO AL BRONCE

Las esculturas de Antonio Campillo Párraga nacen del barro y transitan al bronce; de la fragilidad a la solidez y a la permanencia. Nacen para perpetuarse. Barro de la huerta para el primer soplo, donde nace la idea y se desarrolla la vida de la pieza, que ya no es materia sino expresión artística. Sus obras, en la primera fase - ajuste del limo con los dedos y palillos creadores - parecen un apunte, un ser provisional... y sin embargo están cumplidamente terminadas. Sus figuras son amables, de motivos próximos y cotidianos, hechas para ser contempladas una y otra vez y no rehuirles la mirada.

El autor interpretó la vida con sus manos, en varios escenarios y estudios a lo largo de su dilatada dedicación al oficio. De Murcia a Madrid, de Murcia a Córdoba y otra vez a Madrid, hasta regresar, jubilado, a su tierra y a la tranquilidad de su casa-estudio en el Camino del Badel.

Su máxima característica, dirá Martín Páez, es su creencia en la tradición figurativa. En su quehacer artístico cultiva todos los géneros, con motivos y expresiones recogidas de su mirar atento alrededor. En el terreno de la Fiesta de los toros, el maestro expresa el resultado de otra influencia significativa: el conocimiento y las vivencias del mundo taurino, asociado al flamenco, aprendido en su etapa intensa de catedrático de modelado en la Escuela de Artes y Oficios de Córdoba.

De esos días son sus toreros y sus picadores. Se trata de pequeñas piezas, pero con la estructura que resiste su reproducción a gran tamaño. "Para mí, la escultura es volumen", dice Campillo. Y deja las piezas como inacabadas para que el espectador pueda poner algo de su imaginación. Con frecuencia, toma sus modelos, no de matadores (aunque en algunas de sus obras nos muestra su porte enjuto, elegante, altivo, con paso decidido) sino de las formas de los

toreros de plata, subalternos de la lidia. Nunca el toro, como él mismo se ocupó de resaltar. La pieza que se exhibe en el Museo de la Ciudad con motivo de la exposición "El rito en los vuelos del capote", es un buen ejemplo del esfuerzo de Campillo por esculpir la torería: el torero con el capote en las manos, preparado para la faena.

En el barro pone Campillo la sensibilidad artística, que es su firma, característica inconfundible. Y en el bronce, el sello imborrable de la obra terminada.

Felipe Julián Hernández Lorca



UN CAPOTE DE PASEO, UN TORERO

Un silencio, un tiempo, un color, un festejo, un movimiento, un adiós, un susurro, una hora, un día, un aquí, un sol, una sombra, un sudor, un brindis, una querencia, una excitación, una nota, una mano, un país, un aplauso, una ovación, un chillido, un paso, una obra, un pitón, un ganadero, un añojo, un cambio de tercio, una luz, una cultura, un te quiero, un pelo, un rito, un tropel, un sentimiento, un abril, una teja, un pañuelo, una liturgia, una estampa, una lanza, una oración, un rojo, una línea, un albero, unas luces, una meta, una pausa, un tiempo, un objetivo, un cascabel, una lluvia, un caballo, un bramido, una capilla, una mesa, una franela, un trasto, un pasillo, un viento, una gota, un macho, un clavel, un mandar, un quite, un torero, un abanico, un puro, una bota, un taco, un ramo de flores, un papel, un cartel, un lance, un toril, un gallo, una chicuelina, un chispeo, una embestida, un brindis, un abrazo, una suerte, una dehesa, una cruz, un bravo, un saludo, un punto, un campo, un arenero, un par, una suerte, una brega, unos tercios, un tiempo, una súplica, un olé, una montera, un esfuerzo, un temple, una canción, una zapatilla, una habitación, un micro, un botijo, un descanso, un kilómetro, un pastel, un fotógrafo, una corbata, unos dineros, una puntilla, un fajín, un acero, una furgoneta, un temple, un apoderado, un estaquillador, una cuadrilla, un círculo, un asiento, una plaza, un chaleco, un acometer, un valor, una lentejuela, una grada, un sueño, una barrera, un pueblo, un empresario, un palco, un cobarde, una puntilla, un programa, una bandera, un año, un balcón, un volapié, una temporada, una filigrana, un galope, una entrega, una madre, un derecho, una familia, una verdad, un sueño, una toalla, un coche, un hotel, un abuelo, un doctor, una alegría, un símbolo, una estampa, una imagen, un rosario, un oro, una seda, un azabache, una garrocha, una espuela, un pasto, un cáncamo, una puntilla, una oreja, un sobresaliente, unas orejas, un apéndice, un natural, una caja, un arranque, una cruz, un aroma, un descabello, una espada, un paseílo, unas suertes, un tergal, una media,

un mozo, una ayuda, un número, un hierro, un campo, un trotar, una cerveza, una barrera, un macho, una raza, un encaste, un tricornio, un arenero, un carnicero, un rabo, un caballo, una ciudad, un grito, una ovación, un diestro, una vuelta al ruedo, un arrastre, una lentejuela, un canutillo, un sastre, una medida, un puyazo, una liturgia, un espectáculo, una bravura, un miedoso, una fiesta, una algarabía, una noche, un ocaso, una coleta, una montera, una chorrera, un sonido, un silencio, una cadena, un alfiler, un bordado, una banderilla, unas mulillas, una divisa, un lance...

Y así hasta el final de los tiempos, porque un capote de paseo es un sinfín, es un todo, cuando el torero se cubre con él, el todo lo transforma en la esencia de aquello que siempre trajo tras de sí: un legado, un destino, su verdad, la vida, un triunfo sobre la fuerza en el círculo mágico, el destino del tiempo siempre unido, al toro y al torero.

Esta obra pictórica, la figura e imagen del torero de mi localidad (Cehegín) Antonio Puerta, representa todo aquello que la fiesta de la tauromaquia me ha enseñado: un sinfín de matices y valores sobre el destino del ser humano. En este gesto, a modo de un minuto de silencio representando la admiración a todos y a todas las figuras del toreo que engrandecen y engrandecieron la Fiesta de los Toros.

Nicolás de Maya

SERNA Y PAULA: TØDAVÍA LA VIDA



"Rafael de Paula" Pedro Serna

Echar un capote (generalmente a alguien) tiene algo de solidaridad social, apela a lo mejor de la condición humana. Como tantas otras expresiones que han pasado al habla común, esta frase proviene del mundo del toreo.

Si un torero es perseguido por el astado y se ve en dificultades, un compañero lanza su capote al toro, desvía su trayectoria y, probablemente, salve al que huía de una cornada.

El habla común está repleta de estas expresiones. O lo estaba hasta no hace mucho. Hoy están desapareciendo, pues los jóvenes, más cercanos al antitaurinismo que a la afición a la fiesta de los toros, casi no las utilizan. Decimos: "Le dio la puntilla", que es tanto que en la plaza el puntillero remate al toro como que en la vida a alguien lo liquiden moral o socialmente; decimos: "Escapó por tablas", y con ello señalamos que un torero se salve de una acometida saltando al callejón (por

encima de las tablas) y también que alguien escapó in extremis de una situación extrema o difícil, tal vez peligrosa o hasta dramática.

No hay actividad que haya influido tanto en el habla común como la tauromaquia, ni siquiera el mundo del deporte. Pero regresemos al capote.

Echar un capote posee una fuerza moral inigualable. Todos querríamos que nos lo echaran en algún momento en la plaza de la vida, pero todos sabemos que no siempre será posible, que no siempre va a ser así. Si hay alguien que representa la figura del héroe es el torero, al menos la ha simbolizado durante mucho tiempo en un tipo de sociedad que, tal vez, ya no es la de hoy. Los valores éticos de cualquier cultura muestran un carácter colectivo, una manera de ser.

La valentía es un valor ético que ha gozado siempre de reconocimiento en cualquier cultura antigua. Otros valores morales dependerán de la época o de cada cultura, pero el de la valentía ha estado siempre presente en todas.

Pero que la valentía haya sido siempre admirada, en cualquier contexto y lugar, no quiere decir que todos seamos valientes, más bien al contrario: la cobardía es lo que impera. De manera que necesitamos de un valiente, el héroe, que nos defienda de los peligros exteriores, que dé un paso adelante por todos nosotros frente al monstruo, frente al dragón amenazante. Eso exactamente es lo que simboliza, de otra manera, la figura de Cristo, aquel que es capaz de llevar la cruz para salvar al resto de los humanos. Y, de otra forma, eso es lo que representa la figura del torero, ese que se enfrenta a la bestia a solas, para regocijo de la tribu, que queda así a salvo de sus embestidas.

El torero, además de ser portador de una ética, carga también sobre sí la representación de una estética. Esa

estética viene simbolizada, en primera instancia, desde el paseillo ceremonial, por el capote que lo envuelve, luciente y festivo. Pasea al inicio del ritual, sobre sus hombros, el peso de la estética, mientras que en su corazón carga con el rigor de la ética.

No he visto jamás tan cabalmente representada la relación entre el miedo y la valentía frente al pudor y la prestancia afirmativa, en suma, entre el pueblo y su héroe, como cuando he visto torear en Jerez a Rafael de Paula y pintar esa presencia de la vigorosa vida en el ruedo a Pedro Serna. He visto muchas veces esa doble escena en la plaza. El torero doblegando al miedo, venciendo a la voz que pide apartar de él ese cáliz para cumplir su destino heroico. Y en esa lucha sin cuartel contra uno mismo surge la emoción que llega a los tendidos. Y el pintor que ve la escena, y no la pinta, más bien la vislumbra, da forma esbozada al interior del suceso, a aquello que acontece en silencio.

Porque en su pintura taurina Serna ignora siempre el ambiente, al público, al colorido anecdótico de la tarde del día de fiesta, de la misma manera que también prescinde de todo eso Rafael de Paula.

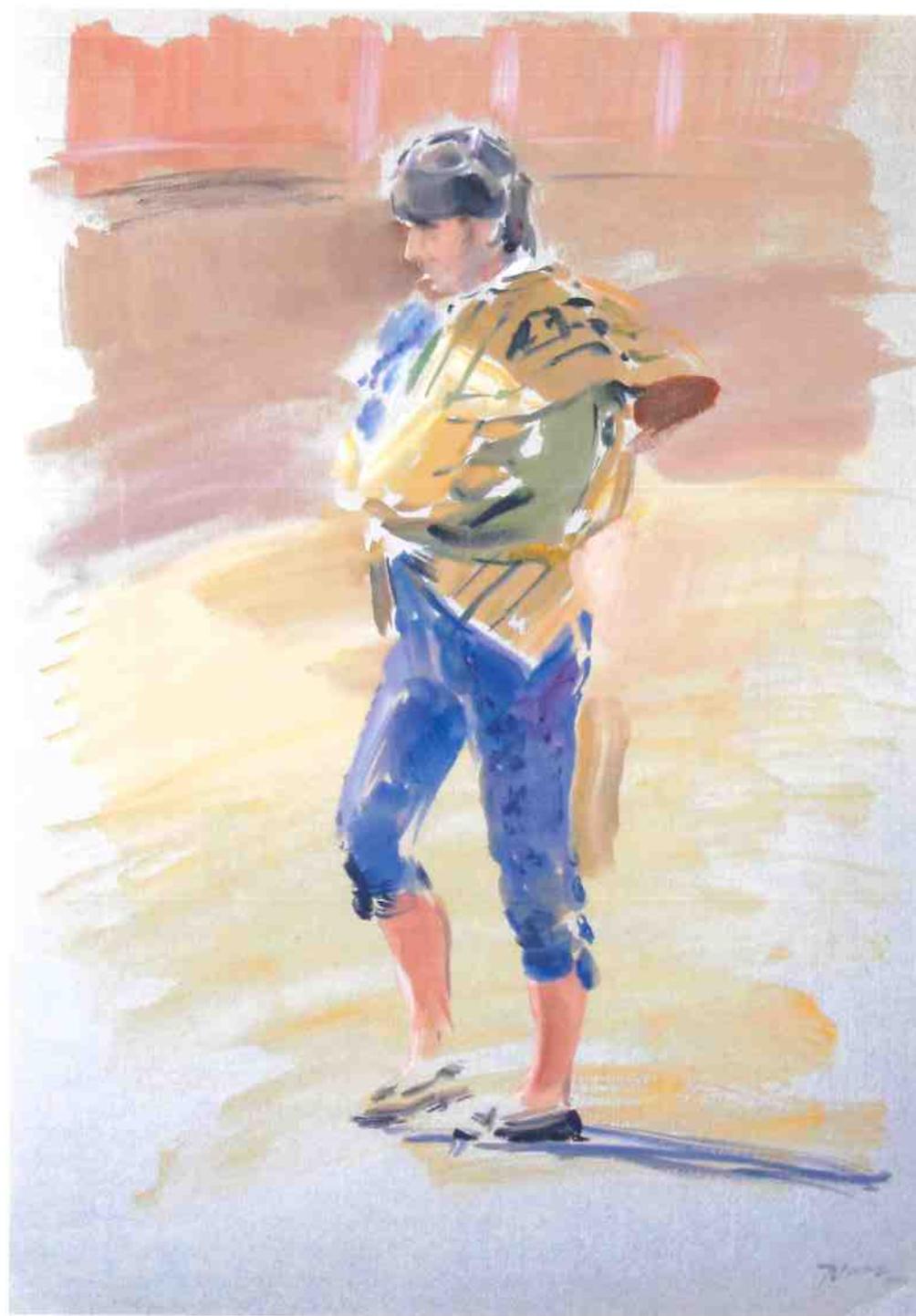
En sus dibujos y acuarelas, el torero comparece solo, quizás frente al toro; a veces ni siquiera se ve al animal bravo, apenas se refleja su sombra sobre el sol en el albero.

Y esa soledad, ante el toro o ante la aguada, es lo único que importa. La sublimación ética y estética de la vida.

Conmovedora conjunción esta del Serna y el Paula, buen paisaje para sobrellevar la melancolía, para ir tirando, ahora que ya va huyendo de nosotros la alegría de la vida.

La emoción de ser aún la vida.

Antonio Parra Pujante



"El paseillo" Pedro Serna

“EL CAPOTE DESCANSANDO” EN TORNO A LO TAURINO EN RAMÓN GAYA

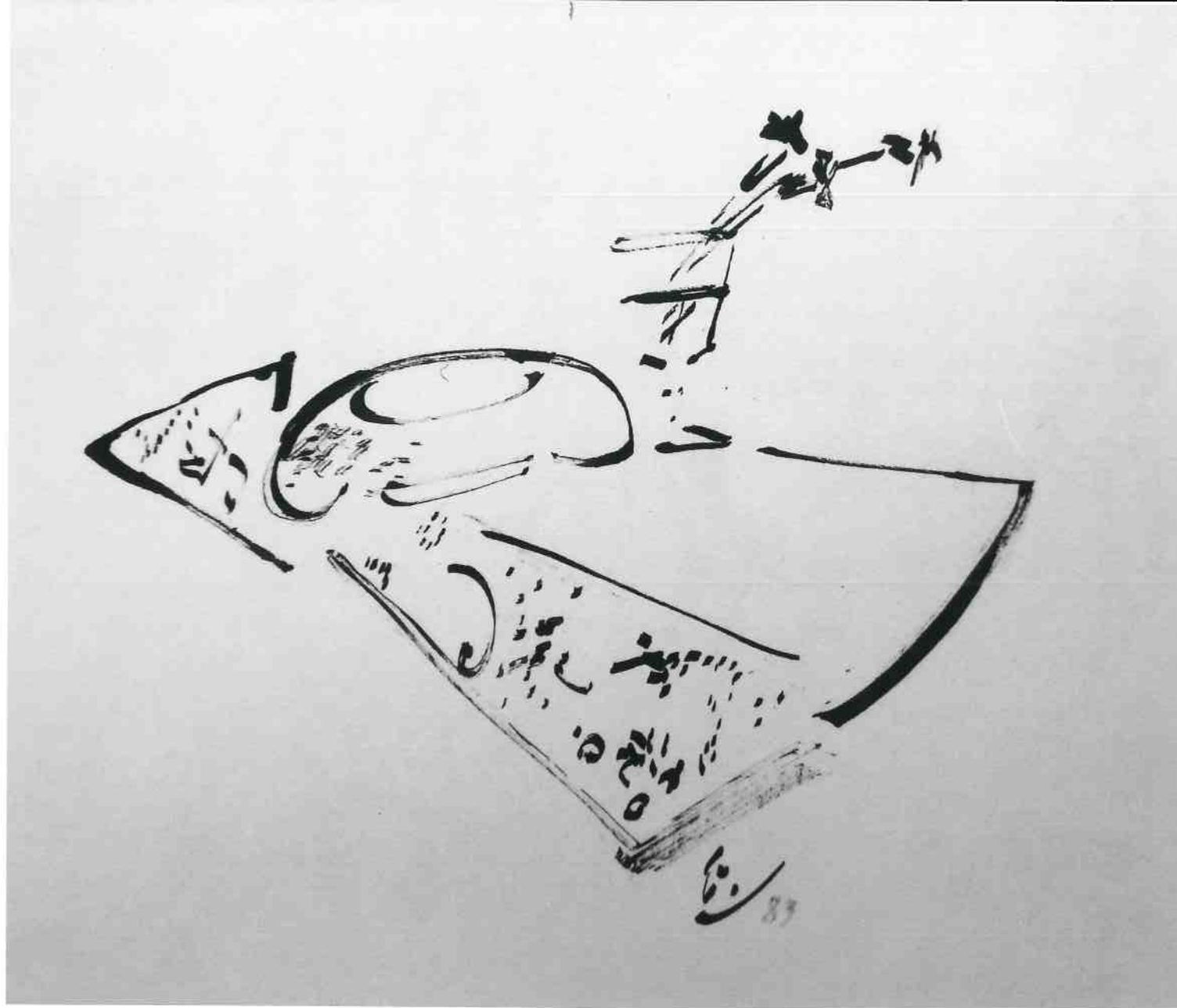
Sí, definitivamente el toreo tuvo su época. Podremos conservarlo, matizarlo, encauzarlo hacia otros modos, con otras normas, nuevas costumbres... -no en vano es lo que ha sucedido desde sus remotos orígenes-, pero si tuviésemos que definirlo dentro de un tiempo concreto, sin duda éste sería desde principios del siglo XX, con las figuras de Joselito y Belmonte, hasta quizá los años ochenta, con toreros como Antoñete o Rafael de Paula. Es decir, que el toreo, como por otra parte sucede con cualquier manifestación artística, tiene tanto de un tiempo determinado como de una sensibilidad concreta de esa sociedad de la que surge. Extremando el argumento podríamos decir que, si hoy viviese Velázquez, las Meninas serían imposibles. No es que hoy en día no pudieran existir personalidades como la de Joselito o la de Velázquez, es que hoy en día el mundo se ha vuelto sordo a ese tipo de personajes y, por tanto, sordo a ese tipo de sensibilidades y de obras.

Recuerdo a Ramón Gaya contar que de niño lo llevaron a la plaza de toros de Murcia a ver a Joselito. Dado que, a su padre, Salvador Gaya, no le interesaba el toreo, es de suponer que iría de la mano de sus dos nuevos amigos, los pintores Luis Garay y Pedro Flores, mayores que él diecisiete y trece años respectivamente. Y claro, esa fecha en la que seguramente Gaya iba por vez primera a una plaza de toros, no podía ser otra que el seis de abril de 1920, última vez que Joselito toreó en Murcia antes de morir corneado por bailaor en Talavera de la Reina pocos días después. Aunque Ramón Gaya ya había demostrado tener una madurez impropia de su edad -tenía entonces nueve años-, es natural que no recordara nada de aquel día, que no percibiera ningún matiz artístico relacionado con la lidia. Pero, si citamos este episodio de su vida es, precisamente, porque, aunque no recordara nada en concreto, para alguien como él, con una mirada tan sensible y tan penetrante ante la realidad, esos episodios de luces y sombras, de ritmos y silencios, de seda y sangre, de vida y muerte... no podían dejarlo indiferente. Decíamos antes que

situábamos lo más profundo del toreo en un tiempo concreto, desde los años veinte hasta los años ochenta, justo el tiempo en que Ramón Gaya desarrolló gran parte de su vida y su obra. El toreo, por tanto, iba a estar muy presente en él y lo taurino se convertiría en el tema de algunas de sus obras.

Desde que lo conocí personalmente, pero, sobre todo, desde mediados de los años ochenta, hablamos muchas veces sobre el toreo e incluso fuimos juntos a varias corridas en Murcia, Lorca y Madrid. En esos momentos eran toreros como Antoñete, Rafael de Paula, Curro Vázquez, Pepe Luis Vázquez, Ortega Cano, Julio Aparicio, Morante de la Puebla, José Tomás..., los que le interesaban a Gaya. Sin embargo, no creo equivocarme si digo que Ramón no era un aficionado taurino al uso, es decir, no era un entendido en cuanto a la pureza de las suertes, como tampoco lo fue en cuanto al aspecto torista. No, a Ramón Gaya le interesaba el toreo como manifestación de una personalidad y de un sentimiento, como materialización de un misterio inefable, como un auténtico acto de creación. Ver y entender la tauromaquia únicamente desde esa óptica, iba a quitarle el peso de toda una estética y una escenografía. Él no iba a los toros porque simplemente se lo pasara bien con esa fiesta o con esa tradición; él iba a los toros porque dentro de ese rito y de esa tradición podía producirse el milagro de la creación. Y claro, si esto llegaba a suceder, un creador como él no podía quedarse indiferente. En el fondo, una tanda de lances de Manolete podía ser lo mismo que unas notas musicales de Mozart, o unas cuantas pinceladas de Eduardo Rosales: la misma luz, el mismo compás, la misma obediencia.

Si nos fijamos en los temas taurinos pintados o dibujados por Gaya, en contadísimas ocasiones veremos un lance; hay, sobre todo, figuras paradas, momentos de silencio y concentración: toreros liados en su capote a punto de hacer el paseíllo,



"El capote descansando"
Ramón Gaya

picadores esperando su turno con el castoreño puesto, banderilleros ante su suerte, un capote descansando junto a la montera y una copa con flores... Sí, es el respiro de las emociones vividas centrado en el respeto y el enamoramiento por sus formas, es el refugio de la mirada después de haber asistido a esos instantes de vacío habitado. Pintar un lance es, casi, un imposible, una simplificación intrascendente del milagro que se produce. Si partimos de la base de que el toreo, o es creación o no es nada, éste solo puede existir en su

devenir, nunca en su imagen: un lance lo es en todo su vuelo, con su perímetro y su remate, en definitiva, en su tiempo de existencia. Tiempo y compás, de ahí que para Ramón Gaya pintar lo taurino pudiera ser como un volver a torear, solo que, con los pinceles como engaño, el lienzo como plaza y la realidad como toro. Pero no se busca la puerta grande, sino el trascendente silencio de la vida.

Juan Ballester

⊕BRA EXPUESTA

Capotes (de paseo / de brega) y capas goyescas

Capote de paseo, fundón, esportón y caja de montera de D. José Jiménez Alcázar "Pepín Jiménez"
Colección del matador

Capote de paseo de D. José Tomás Román Martín "José Tomás"
Colección del matador

Capote de paseo de D. Diego Urdiales
Colección del matador

Traje y capote de paseo de D. Rafael Rubio "Rafaelillo"
Colección del matador

Capote de paseo de D. Sebastián Turzack Castella "Sebastián Castella"
Colección del matador

Capote de paseo y de brega (#SutullenaYa) de D. Francisco José Ureña Valero "Paco Ureña"
Colección del matador

Capote de paseo de D. Antonio Puerta
Colección del matador

Capote de paseo de D. Ginés Marín
Colección del matador

Capote de brega de D. Samuel Rodríguez
Colección particular

9 Capotes de paseo, 9 de D. Antonio López Fuentes (Sastrería Fermín)
Colección Sastrería Fermín

Terno y capa goyescas estrenados por D. Antonio Ferrera, diseño de Victorio&Lucchino
Colección Fundación Victorio&Lucchino

Obra pictórica

"Torero", tinta y gouache, 25,5 x 17 cm (Ramón Gaya)
Colección particular

"Torero", tinta, 30,5 x 23 cm (Ramón Gaya)
Colección particular

"Torero", tinta, 31,5 x 23 cm (Ramón Gaya)
Colección particular

"Torero con capote", tinta, 15,5 x 8 cm (Ramón Gaya)
Colección particular

"El capote descansando", tinta, 31 x 26 cm (Ramón Gaya)
Colección particular

"El paseillo", acuarela/papel, 49 x 35 cm (Pedro Serna)
Colección del autor

"El paseillo (Ronda)", acuarela/papel, 13 x 21 cm (Pedro Serna)
Colección del autor

"Dirigiendo la lidia", acuarela/papel, 50 x 35 cm (Pedro Serna)
Colección del autor

"El quite", acuarela/papel, 37 x 50 cm (Pedro Serna)
Colección del autor

"Rafael de Paula", acuarela/papel, 65 x 54 cm (Pedro Serna)
Colección del autor

"Aparicio. Sevilla", acuarela/papel, 24 x 32cm (Pedro Serna)
Colección del autor

**"Torero y desnudo", Óleo/ papel sobre tabla, 46 x 33 cm
(Aurelio)**
Colección del autor

**"Antes del paseillo", técnica mixta, óleo, 115 x 96 cm
(Diego Ramos)**
Colección particular

**"Capotes mexicanos. Rosas de nopal", acrílico,
80 x 40 cm (Rafael Grijalba)**
Colección del autor

**"Capotes mexicanos. Palomas torcazas", acrílico,
80 x 40 cm (Rafael Grijalba)**
Colección del autor

**"Capotes mexicanos. Sol mixteca", acrílico, 80 x 40 cm
(Rafael Grijalba)**
Colección del autor

**"Por los alamares de la taleguilla", técnica mixta sobre
papel, 21 x 29cm (Victoria Chezner)**
Colección particular

**"Silencio", mixta sobre papel, grafito, carbón y tinta,
270 x 130 cm (Nicolás de Maya)**
Colección particular

**"Miedo detrás de un capote", cera sobre papel,
36 x 28 cm (Antonio Ayala)**
Colección particular

Obra escultórica

"Capote", bronce, 130 x 130 x 30 cm (Lorenzo Quinn)
Colección particular

**"Torero con capote" bronce, 80 x 40 x 40 cm
(Antonio Campillo)**
Colección CARM

**"El paseillo", bronce, 44 x 88 x 54 cm
(José Hernández Cano)**
Colección particular

**"De Paula", bronce, 54 x 17 x 12 cm
(José Hernández Cano)**
Colección particular

**"Torera con capote", bronce, 42 x 15 x 23 cm
(José Hernández Cano)**
Colección particular

**"Lance de capa", bronce, 53 x 44 x 44 cm
(José Hernández Cano)**
Colección particular

"El alguacilillo I", bronce, 37 x 35 x 10 cm (Lola Arcas)
Colección particular

"El alguacilillo II", bronce, 38 x 30 x 11 cm (Lola Arcas)
Colección particular

"El paseillo", bronce, 30 x 10 x 12 cm (Lola Arcas)
Colección particular

"Expectante", bronce, 35 x 18 x 11 cm (Lola Arcas)
Colección particular

Obra cerámica

**"Siguiendo un capote... ¿por cuál voy?", cerámica,
30 x 17 cm (Antonio Ayala)**
Colección particular

**"Paseillo pop", cerámica vidriada, 44 cm de diámetro
(Arturo)**
Colección particular

Vidrio

**Vidriera de la imprenta Belmar, laca de bombillas
sobre vidrio, 265 x 240 cm (José María Párraga)**
Colección particular





Fotografía de portada:
"El Paseillo", acuarela/papel, 13 x 21 cm (Pedro Serna)

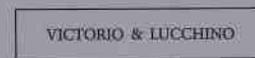
Este catálogo se imprimió con motivo de la exposición

“EL RI+⊕ EN L⊕S VUEL⊕S DEL CAP⊕+E”

celebrada en el MUSEO DE LA CIUDAD entre el 17 de octubre y el 30 de noviembre,
dentro de las actividades culturales del II Congreso Internacional de Tauromaquia
celebrado en Murcia en octubre de 2018



MUSEO DE LA CIUDAD
AYUNTAMIENTO DE MURCIA



MC